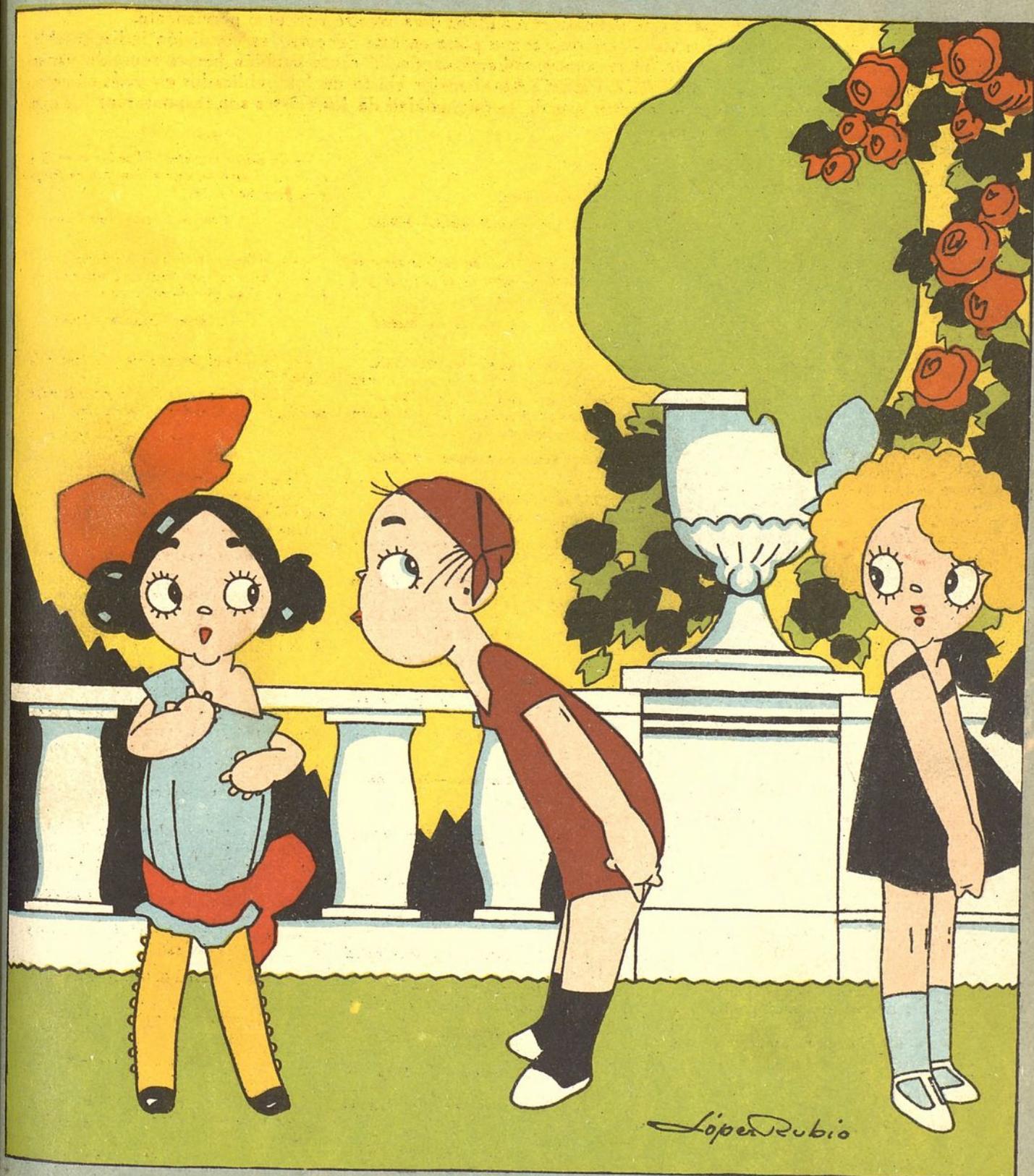


R BUEN HUMOR



Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

- ¡Pero Pepito! ¿Qué haces? ¿No jugamos a matrimonios?
- Pues eso estoy haciendo.
- Pero si yo soy la señora y tú el señor ¿cómo besas a Lolita?

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos hoy la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su correspondiente cupón. Y como también hemos repetido varias veces, concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Cuál es el colmo de un jugador?
— Pasarse el día al lado de una cabra para ver si tira al monte.

SÁNCHEZ JADRAQUE. — Madrid.

— ¿Me hace el favor de sus señas?
— Con mucho gusto: alto, moreno...
— No; digo las del domicilio...
— ¡Ah! Hernán Cortés, 7..., no sé qué piso.

— ¡Ay, mis callos!
— ¡Nada, que no sé qué piso!

LICENCIADO VIDRIERA. — Bilbao.

Entre amigos.

— Es un hombre que mire usted si tendrá fuerza, que un día en la plaza de toros se lió a puñetazos con once individuos, y a los pocos momentos todos estaban tendidos a sus pies. ¡Figúrese usted el asombro del público cuando vió que en la plaza había once tendidos!...

SÁNCHEZ JADRAQUE. — Madrid.

— Aquel río que ves, es el Tajo.
— ¿Ibas a decir un chiste?
— Sí, te iba a decir un chiste del Tajo; pero me he quedado cortado.

LICENCIADO VIDRIERA. — Bilbao.

En una casa de comidas.
— ¿Tiene usted callos?
— Sí, señor.
— Pues hágase las botas anchas.

ADELÍN PEYRONA. — Madrid.

— ¿Saben ustedes cuál es el milagro más grande que ha hecho el Santo Cristo de Limpias?

— Hacer pasar por limpias a muchas mujeres marranas.

A. TEIXI D'OR. — Biota.

— ¿Por qué a un ciego se le puede dar una puñalada en el corazón, sin que le duela?

— Porque ojos que no ven, corazón que no siente.

M. F. — Madrid.

— ¿Ve usted aquella neblina a lo lejos?
— Sí, señor.
— Pues aquello lo hace el Ebro.

— Me alegro.
— ¿Eh?...
— Que lo acelebro.

LICENCIADO VIDRIERA. — Bilbao.

— ¿Por qué no pueden solfear los discípulos cuando no va a clase el profesor?
— Porque no ha... i-do.

ONDASEN. — Madrid.

En una casa lujosamente amueblada.
LA VISITA. — ¿De qué animal es esa hermosa piel que está delante del sofá?
EL DUEÑO (con petulancia). — ¡De quién ha de ser, sino mía!

ELEUTERIO ADRADOS. — Madrid.

— ¿Qué es un acordeón?
— Uno que se acuerda de todo.

LICENCIADO VIDRIERA. — Bilbao.

— ¿En qué se parece la plaza de Tetuán a las estaciones del ferrocarril?
— En que al son de agudos silbidos salen y entran maletas y maletillas.

ULIO DURANTE. — Madrid.

— ¡Cómo! ¿Tú aviador, y querías ser joyero?...
— Te diré: es que quiero montar las piedras en el aire.

GERUNDIO. — Tarragona.

Telegrama.
«Zaragoza. — Urgente. — Aquí la gripe es benigna, gracias al aseo.»

LICENCIADO VIDRIERA. — Bilbao.

En un puesto de periódicos.
Dos amigos.
UNO (al del puesto). — ¿Tiene usted BUEN HUMOR?

EL DEL PUESTO (secamente). — No.
EL OTRO. — ¡Bah! Déjale, está enfadado.

ANITA DíEZ. — Madrid.

En la escuela. Examen de Historia Natural.

— A ver, Pepito, ¿cuál es la hembra del topo?
— La mujer.
— ¿Cómo la mujer?

— Sí, señor maestro. El señor cura dijo ayer en el sermón que el hombre es fuego y la mujer es-topa.

SÁNCHEZ MOYA. — La Felguera.

— ¿Cuál es el colmo de la imprudencia?
— Llevar un pez grande a un bautizo, porque el pez grande se come al chico.

SÁNCHEZ JADRAQUE. — Madrid.

— ¿Cuál es el ferrocarril más torero de España?
— El de Bilbao a la Robla, porque pasa por Fuentes, Posadas y Belmonte.

LEÓN SÁNCHEZ. — Madrid.

Un violinista malo, al público:
— ¿Qué concierto quieren que les toque: el en fa mayor o el en re menor?
UNA VOZ. — ¡El menor posible!

PERICO EL DE LOS PALOTES. — Criptana.

— ¿En qué se parece mi suegra a uno que no ha leído nunca este periódico?
— En que nadie les ha visto nunca con BUEN HUMOR.

JOE JUNAS. — Madrid.

¿Qué es lo que debe cantar uno que es tornuda viendo La corte de Faraón?
«Yo soy el casto, yo soy el casto, yo soy el casto, c'astornudao.»

ARTAGNAN DE NOVELTY. — León.

En una estación del ferrocarril.
Un caballero llega a la estación, sudoroso y jadeante, y le pregunta al jefe de estación:

— Diga usted, ¿alcanzaré el tren de las cinco?

— Según como corra el señor. Hace cinco minutos que salió.

GLORIA G. GULLÓN. — Madrid.

— ¿Cómo tocará ese manco el violín?
— Tocará con trabajo.

LICENCIADO VIDRIERA. — Bilbao.

— ¿En qué se diferenciaba Caín de Abel?
— En que Caín tenía pelo y Abd-el-Krim.

ARTAGNAN DE NOVELTY. — León.

El premio del número anterior ha correspondido al **Licenciado Vidriera, de Bilbao.**

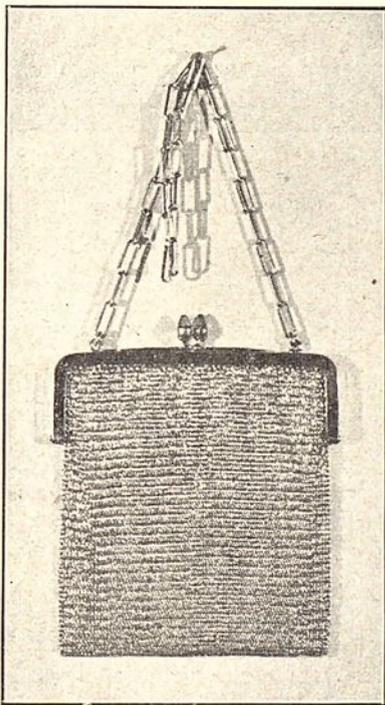
CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

HENOS aquí, queridos lectores, y especialmente adoradas lectoras de nuestro corazón, en actitud elegantemente obsequiosa, ofreciendo a ustedes un nuevo concurso, tan sensacional, o si cabe (que sí que puede que quepa), bastante más sensacional que los anteriores.

Este concursazo, mucho más llamante que Weyler y muchísimo más nuevo que los argumentos y chistes de las comedias (¡¡¡...!!! ¡¡¡...???) de D. Pedro Muñoz Seca (el D. Pedro el Cruel de la edad presente), va principalmente dedicado a las señoras y señoritas que nos honran, nos favorecen y nos conmueven hasta el tuétano con su protección, su atención, su admiración, y a veces hasta su colaboración. Esto no quiere decir que los caballeros, los pollos tiernos, y hasta el Gallo (Rafael), queden excluidos del concurso en cuestión; pues aunque el premio que ofrecemos es femenino por su aspecto, su elegancia y su uso, si un caballero resulta *agraciado* (que lo dudamos, dada la epidemia de fealdad reinante), puede y debe obsequiar con él a la señora de sus pensamientos, de sus afanes y de sus ansias; y si no está enamorado, a la señora de su más íntimo amigo; y si no dispone de amigos íntimos, a una de las hijas del jefe de la oficina donde preste (o venda, o alquile) sus servicios. Y si está solo en el mundo, puede también vender nuestro obsequio en pública subasta, y comer unos días de lo que saque. De todas maneras, el resultado será siempre halagador y regocijan-

te. Y ahora, al grano..., que, como verán ustedes, no es grano de anís.

Uno de los redactores de BUEN HUMOR, el que nos parece que tiene más buen gusto y más experiencia en las aficiones femeninas (sabemos que ya ha puesto piso a diez señoras), ha sido el encargado de comprar el premio, en virtud de haberle nombrado en esta casa como redactor *propio para rega-*



los, y nos ha sorprendido gratamente con la adquisición del formidable y exquisito bolso cuya fotografía acompaña a estas cortas líneas que estamos teniendo el gusto de dirigir a ustedes.

Este bolso magnífico, este bolso estupendo, este bolso extraplano y rutilante va a experimentar el voluptuoso placer de ponerse en las suaves y blancas manos de una de nuestras bellísimas lectoras (¡¡Viva la señora madre que la colocó en este mundo!!), con sólo un modesto ejercicio de adivinación, que es el siguiente:

En el interior del bolso, en la parte más recóndita, allá en lo profundo del alma bohemia de su úni-

co departamento, hay una tarjeta con el nombre de una artista. ¿De verso? ¿De zarzuela? ¿De ópera? ¿Cupletista? ¿Bailarina, ¿Segunda tiple del Reina Victoria? Eso es lo que hay que adivinar, averiguar o solucionar...

La señorita (o el caballero que trabaje por cuenta de la señorita) que dé con el nombre que contiene el bolso, pasará a ser la dueña (o el dueño) del premio sin más discusión, le daremos nuestra más cordial enhorabuena por su buena vista, y aquí no ha pasado nada.

Y si fuesen varias las personas con ojo de lince que averiguasen el misterio, se celebrará el correspondiente sorteo, y *pax Christi*, y todos tan contentos.

¿Tienen ustedes alguna objeción que hacer?

¿No?

Ya lo esperábamos nosotros.

Y sin otra cosa de particular que advertirles que el concurso se cerrará a piedra y lodo el 11 de junio, y que hay que acompañar, como de costumbre, toda solución que se nos remita de los cuatro cupones que se insertarán para ello en los números 24, 25, 26 y 27, quedamos, como siempre, a sus gratas órdenes, y besamos uno por uno todos los lindísimos, brevísimos y bien calzados piecitos de todas las hermosas lectoras que se dispongan a tomar parte en este modesto pasatiempo.

Y si la agraciada estima todavía que el premio no es de bastante valor, que pida por esa boca, que estamos dispuestos a darle, no el bolso, sino el bolso y la vida, que es todo lo que tenemos a nuestra disposición.

CUPÓN

correspondiente al número 25
de

BUEN HUMOR

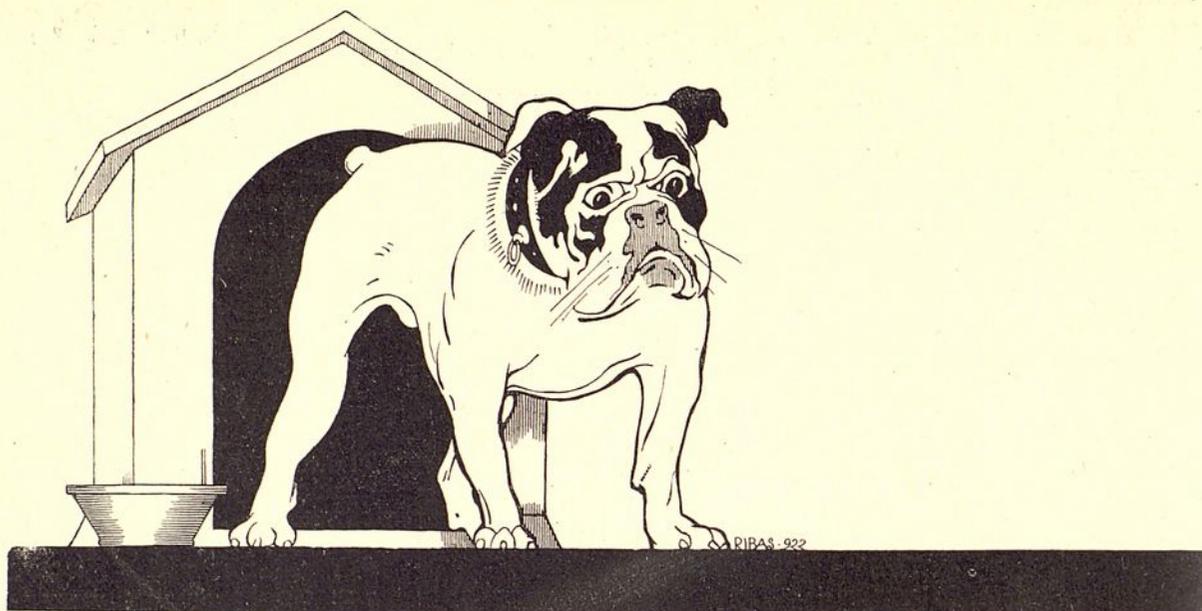
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

CUPÓN NÚM. 2

que deberá acompañar a cada solución que se nos remita con destino a los CONCURSOS

DE

BUEN HUMOR



EL MEJOR GUARDIAN

de la dentadura es

un TUBO de

PASTA DENS

que destruye el sarro, blanquea los dientes
y perfuma la boca.

1.50



ECOS DE SOCIEDAD

Un *boudoir* elegantísimo en un hotel suntuoso. Fifi Casal se estremece accidentada en una *chaisse-longue* de peluche naranja, mientras su hermana Lili, su prima Loló, y su tía Fernanda le dan a oler un frasco de sales, la rocían con agua y la sujetan respectivamente. El marqués, el duque y el vizconde, algo separados, arreglan su indumentaria, que se alteró en la primera y más violenta parte del ataque. Un criado, de rigurosa etiqueta, presencia la escena en actitud estatuaría.

— ¡Fidela, mujer, vuelve, recóbrate! — dice Lili a su hermana.

— ¡Vamos! ¿Se te pasa? — interroga Loló.

— ¿Quieres beber? — susurra la tía Fernanda.

— Huele el pomo — arguye Lili, acercándole el frasquito.

Fifi o Fidela, como ustedes quieran, rompe en copioso llanto.

— Pero ¡por Dios, mujer!

— ¡Dejadla, dejadla que lllore! — objeta el marqués.

— Sí; el llanto la calmará — dice el duque.

— Lloro, hija, lloro — aconseja el vizconde.

Fifi comienza a balbucir entre sollozos:

— ¡Es enorme! ¡Inaudito!

— Vamos, aspira, que las sales te despejan.

— ¡No hablemos más de eso!

— Pero ¿tú crees, Paco, que yo puedo olvidarlo?

— ¡No puedo, no puedo!

— ¡Vamos, que vas a volver a accidentarte!

— Pero ¿tú sabes la situación que me crea ese rompimiento?

— ¡Ya supongo!
— Pero ¿es que no puede arreglarse? — interroga el duque.
— ¡Es muy difícil!
— ¡Pero no imposible!

Fifi, algo más tranquila, comienza a hablar con la voz aun velada por el llanto.

— Ya sabes cómo se preparó la entrevista.

— Sí. Me lo dijo la duquesa.

— Encargamos a Manuel de la vigilancia...

Al oír estas palabras, el criado se inclina respetuosamente, asintiendo.

— Y..., y..., ¡en fin, que Manuel te diga!...

— Cuente usted, Manuel...

— Pues... — comienza el criado con exagerado respeto y midiendo las palabras — la señorita me distinguió encargándome de esta misión tan delicada, y un servidor preparó la entrevista en el gabinete verde de la rotonda. Me pareció más oportuno, y más conforme con las leyes de la galantería, hacer entrar en primer lugar a la perrita, e inmediatamente después introduje al varón. Yo, ¡la verdad!, los noté fríos, indiferentes; y a ella, sobre todo, con una displicencia y una seriedad que, ¡claro!, un servidor tuvo que comunicárselo a la señorita... Ahora, que si yo sé que la señorita lo iba a tomar como lo ha tomado...

— ¡No, pues miral!... — interrumpe el conde —. ¡Yo no soy partidario de violentar las inclinaciones de cada cual!

— Ah, claro si no hay mutuo agrado — añade el marqués —, no debe imponerse, porque puede ocurrir lo que con tu tío y su mujer.



Dib. SILENO. — Madrid.

Hemos recibido más de un millón de preguntas de otros tantos cariñosos y curiosos lectores que desean saber quiénes son y cómo se llaman este par de simpáticos socios que consuetudinariamente aparecen en nuestra primera página en tan elegantes como variados indumentos, actitudes y expresiones, y reflejando la actualidad saliente de la semana.

Pues bien: nosotros no habíamos dicho una palabra, porque pensábamos que los lectores se habían calado hasta los huesos de quién se trataba.

Pero como no ha sido así, lo diremos de una vez para siempre. Esta feliz, sonriente y encantadora pareja la forman los dos personajes más populares de España.

¡Son Juan y Manuela!

— ¡Hombre, eso no es ejemplo!
— ¡Sí lo es, porque llevan una vida de perros!

— ¡Dios mío! ¿Y cómo me disculpo ahora con Trini Valcárcel, y con Rosita, y con los de Almenara, a los cuales he prometido perro? — exclama de súbito Fifi, anegándose nuevamente en llanto.

— ¡Caramba, es que has obrado un poco de ligero! ¡Has dejado en mantillas el cuento de la lechera!

— Lo que más me preocupa a mí es el desaire que le ha hecho *Chuchina* al perro de la duquesa! ¡Porque tú no sabes de qué familia es

ese perro! ¡El padre de *Leal* mordió al rey de Inglaterra!

— ¡Sería republicano!

— ¡No digas tonterías! Es que era el perro preferido del monarca y le sentaba a su mesa.

— Pues ¿y la madre? La madre era de la aristocracia canina, y su dueño, un lord inglés, mandaba que le imprimieran el *menu* a diario.

— Oye, y *Chuchina* ¿de dónde procede?

— No sé. Su origen es un poco obscuro. La madre es del carbonero de casa, y el padre, ¡pásmate!, se ha criado en casa de Besteiro.

— ¡Ahora me lo explico todo!

— De todas maneras, la cosa no es para que Fifi se ponga como se pone.

— Eso crearás tú... Los salones de la mayoría de las casas de Madrid se le han cerrado a Charito Portolés por una cosa parecida.

— Además, que la pobre Fidela no lo puede remediar, es muy nerviosa; no en vano es hija de su pobre madre (q. e. p. d.), la cual recuerdo que una vez tuvo un ataque de dos horas porque mandó comprar unas butacas al Real y no las había de callejón.

— Bueno. ¿Se te ha pasado ya del todo?

— No; aun estoy muy nerviosa. Y Manuel, ¿dónde está?

— No sé. Se fué hacia la rotonda. ¿Quieres algo?

— ¡No, no; nada!

— Bueno, pues tranquilízate para que vayamos a la mesa. Ya pensamos una disculpa.

— ¡Ay, sí, por Dios, que no sepa la verdad! ¡Sería tremendo!

En este momento, el criado entra en la habitación agitado. Viene emocionado, convulso; habla balbuciente.

— ¡Señorita!... ¡Señorita Fi... Fi... Fidela!

— ¿Qué es eso, Manuel!

— Señorita Fidela, que... la actitud reservada y displicente de *Chuchina* ha cambiado.

— ¿Qué dices? — interroga ansiosamente Fifi.

— ¡Que... lo que a la señorita tenía tan disgustada, se ha solucionado satisfactoriamente para todos, señorita!

— ¿Es verdad, Manuel?... ¡Ay! ¡Loló! ¡Lilí! ¡Tía! Pero... ¡Dios mío, qué alegría, qué satisfacción! ¡Ay! ¡Ay!

Fifi da un grito agudísimo y vuelve a accidentarse.

— Pero ¡por Dios, nena!

— ¡Dame, dame las sales!

— ¡El agual!

— ¡Es lo mismo que su madre, por cualquier cosa!...

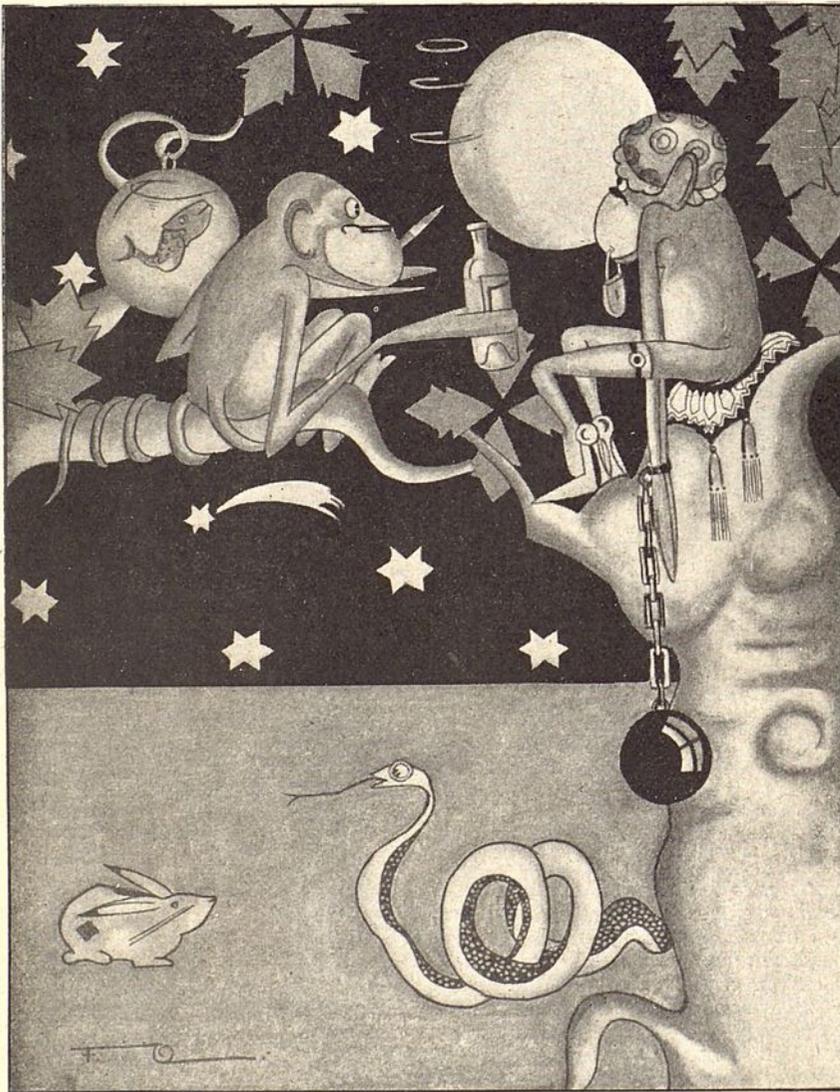
— ¿Mandan algo más los señores?

— ¡Nada, Manuel, nada!

Fidela se revuelve convulsa en la *chaise-longue*. Loló, Lilí y la tía Fernanda la socorren.

El criado se retira a cumplir su importante y delicada misión.

ANTONIO PLAÑIOL.



Dib. ANSUÁTEGUI. — Madrid.

EL MONO. — Dicen que con esto se duerme la mona..., ¡y el que se duerme soy yo!...

LA BARAJA DEL AMOR

(Epistolario cómicoamoroso.)

XXX



QUERIDÍSIMO Juan Miguel: Sé que estás bueno, lo que me alegro; yo estoy que no sé cómo estoy ni dónde estoy. No te enfades conmigo por-

que no te escribo. No se te oculta que te quiero tanto como a un hermano: por eso no te he escrito. Yo me he hecho esta reflexión: no sabiendo de mí, creará Juan Miguel que soy más feliz que un gato de Angora.

No quería decirte que soy muy desgraciado, que no pasa día sin que piense ocho o diez veces en quitarme de en medio. No me he suicidado ya por cobarde; por cobarde, sí. ¡Qué mujer me ha tocado en la tómbola del amor!... ¡Qué mujer!... ¡Y pensar, tú lo has presenciado, que yo he reñido por ella con toda mi familia!... ¡En qué estaría yo pensando!...

Voy a contarte unas cuantas pequeñeces; no te lo cuento todo para que no te asustes. Y te cuento unas cuantas cosas, porque si no me confieso contigo reviento como un triquitraque. Si cuando hayas leído estos desahogos que me salen del alma me das alguna solución, me harás el hombre más feliz de la tierra... No exagero, querido Juan Miguel. Lo mismo acepto un destino en Fernando Poo que en el Chaco. Sirvo igual para llevar la correspondencia que los fardos en un almacén. Lo mismo me da hacer de guapo en una timba, que pelear a mordiscos con los tiburones brasileros. Todo menos aguantar un día más a este cocodrilo con falda de volantes, que es madre de mis hijos.

Pero basta de preámbulos, y al grano...

Me casé, como sabes, enamorado de mi mujer. Tan bonita, tan delgadita, tan es-

belta, tan modosa. De limpia tenía fama, y bien ganada por cierto. Era el clásico ampo de nieve.

Yo, que soy exageradísimo en eso de la limpieza, había logrado mi ideal. Mi mujer era un mirlo blanco que me tenía encantado.

Después de la luna de miel nos fuimos a vivir a un cortijo que tengo en Cártama.

Ella, la que hoy es mi tormento, no tenía más defecto que querer demasiado a los animales. Ahora que, como yo también quiero a los irracionales, no me disgustaba. Sabiendo esto, comprenderás que hayamos tenido conejos viejísimos y reumáticos, palomos arterioescleróticos, cerdos de seis y ocho años, con unas barbas blancas respetabilísimas y quevedos. Estas cosas me hacían gracia; además, ella estaba tan guapa, tan compuesta, tan limpia. Eramos la envidia del pueblo, sobre todo porque me llevaba más atildado que torero con terno nuevo.

Lo único que me criticaban en el pueblo era mi complacencia en lo

respectivo al cariño desmedido de mi mujer para con los animales, pues has de saber que hemos reunido en casa ¡diez y nueve perros!

Mi mujer era la abogada de los canes. Perro que veía abandonado, al corral con él. Por broma nos traían los mozos todos los perros que encontraban sin amo, y por broma se quedaban a comer en mi casa.

Desde San Roque a nuestros días, nadie en el mundo ha querido más al perro que mi mujer.

Ya te he dicho, Juan Miguel, que esto no me molestaba; al contrario, me servía de satisfacción. Así hemos vivido dos años casi en la gloria. Pasados estos veintitantos meses, se nubló el sol que me alumbraba y me daba su calor.

Para mi desgracia, mi mujer se sintió..., ya puedes suponerte cómo se sintió y por culpa de quién se sintió como se sintió. Hay momentos en que le debían cortar a uno la cabeza, por lo menos.

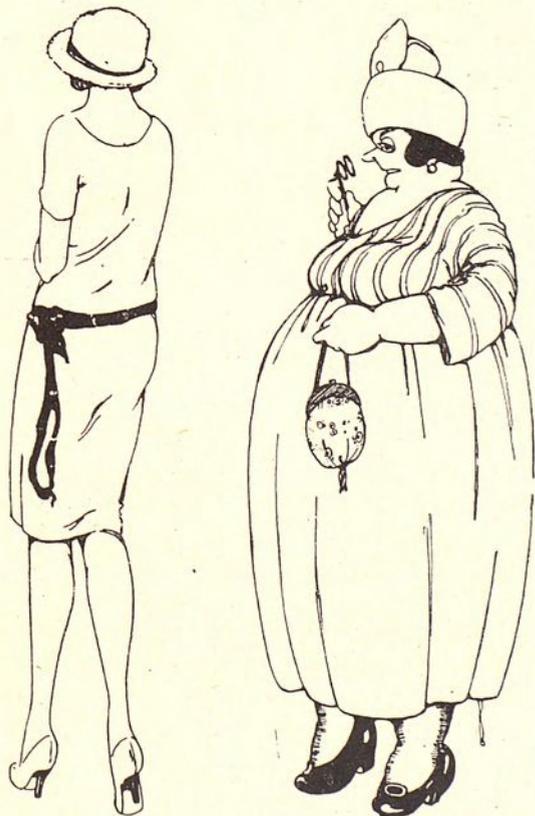
Desde el punto y hora en que mi mujer me anunció, con alegría loca, que íbamos a tener quien nos heredase, no vivo, Juan Miguel, no vivo ni descanso, y hablo solo y sueño despierto.

El ser madre ha transformado a mi mujer de tal manera, que no la conocería ni la que la engendró.

Desde que tuvo el primer crío, ni se peina, ni se lava, ni se arregla lo más mínimo.

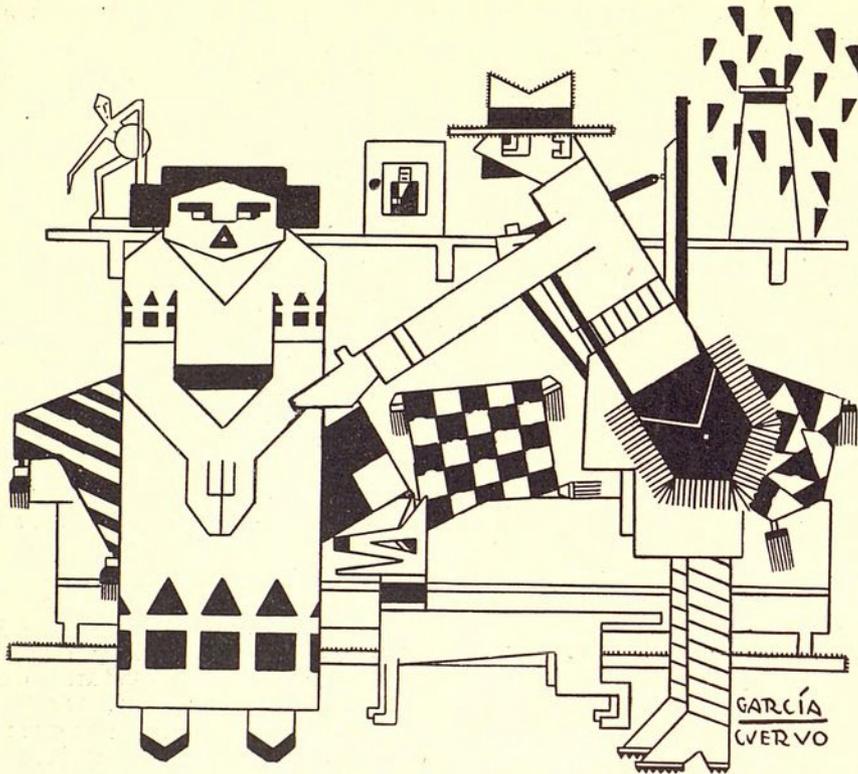
Cría ella a los pequeños (me ha obsequiado con cinco en tres años!), y en cualquier lugar o momento, en la cocina, en la puerta de la calle o en el mismísimo altar mayor, basta que lllore el *rorro*, para que ella, mi mujer, con una despreocupación tan grande como poca vergüenza, saque..., bueno, saque una cosa esférica del tamaño de un timbal y se lo ponga en la boca al angelito, que deja *ipso facto* de llorar, porque medio se asfixia la criaturita.

Es tan espectacular mi costilla lactando a nuestros hijos, que ya lo comentan todos en el pueblo, y sonríen maliciosamente cuando me ven pasar. ¡Pero esto no es nada!



Dib. G. M. — Tetuán.

— ¡Qué escándalo!... Yo tendría vergüenza de enseñar de esa manera las pantorrillas...



LOS GRANDES CAZADORES

Dib. GARCÍA-CUERVO. — Madrid.

- ¿Has matado algo, Mauricio?
 — Sí.
 — ¿Está en la cocina?
 — No... ¡En la Casa de Socorro!...

Hasta hace unos días hemos dormido juntos los cinco niños y el matrimonio. ¡Siete en la misma cama!... Comprenderás por qué me planté. ¡Era muy buen punto siete!

Para lograr esta leve separación de cuerpos, he tenido que imponer mi autoridad de cabeza de familia con una vara de acebuche en la mano. ¡Hasta eso he tenido que llegar!...

Cuando comenzó la transformación de mi mujer, yo me resigné y me pasaba el día en el Casino; ahora me paso el día y la noche. Pero esto, como comprenderás, no puede continuar así. He perdido el estómago, porque, en poder de criadas zafias y cochinas — lo que ven en la señora —, nada me parece bien y todo me repugna.

¿Qué creerás que me encontré la otra noche en la cazuela del gazpacho? ¡El seis doble y el cinco cuatro! Dos fichas de un dominó de celuloide que les había comprado yo a

los chicos para que fueran aprendiendo a casarlas.

Como ves, esto es para desesperarse. ¡No puedo más, Juan Miguel, no puedo más! Y si todo esto no le colmara la medida a un santo, es tan exagerada en su amor a los chicos, como lo era en su pasión por los perros. Ella sería feliz teniendo quince, veinte, cuarenta hijos. Y claro, como somos jóvenes, ya puedes figurarte que pone todos los medios que están a su alcance para lograr un par de docenas, por lo menos. Ahora, que esto no lo consigue con mi ayuda: ¡te lo juro por el nombre que tengo!...

Para enviarte una prueba de convicción, he querido que se retratara; pero no lo he logrado. Dice que no tiene gusto para nada que no sean sus hijitos. ¡Hijitos, y van para gigantes!...

Pues ¡y ella!... Se ha abandonado tanto, que tiene, la mires por donde la mires, más grasa que el cuello de

un poeta modernista. Está igual que la boronda. No se sabe dónde acaba el cuello y comienza la cintura. Está, créemelo, para enseñarla en una barraca. ¡Diez céntimos verla, y quince tocarla!.. ¡Es la mujer cañón!...

Pesaba cuando nos casamos cincuenta y nueve kilos; ahora pasa de los ciento cinco. ¡Es mucho solomillo para un vegetariano!...

Para no cansarte, acabaré diciéndote que la pobre sigue queriendo a los animales; ahora que, como ya no los cuida, están todos *usadísimos*, ahora que la casa está muchísimo más usada, y tan puerca, que hay que entrar con zancos; y asómbrate: yo, que era el alcaloide de la pulcritud y la *pinturería*, ¡llevo los calcetines cosidos a los zapatos!...

Con decirte que cuando la mugre me rezuma a caño libre, invento un pretexto y me voy a Málaga a bañarme. Para bañarse en el pueblo hay que sobornar al médico, y el médico es tan espeso como mi mujer.

Y ahora entra lo serio. Deseo, querido Juan Miguel, que veas a Manolito Benavides, que, como sabes, tenía capricho por comprarme la finquilla de Martos. Le dices que estoy dispuesto a vendérsela como quiera. Arregla tú el trato, y el día del Corpus, que nos juntaremos los tres en Málaga, se firma la escritura, y con los dineros que me dé me voy a Lima solo, solito.

A ella le queda en el pueblo más que suficiente para vivir doscientos años cociéndose en su propia salsa.

¡Adiós, Juan Miguel! Besa a mi ahijadita, ponme a los pies de tu esposa y escríbeme al Círculo Mercantil, calle de Larios.

Ya sabes te quiere siempre tu invariable

ROMAGUERA.

Por la goma y las tijeras,
que no saben firmar,

TORRES-ASENJO

A LOS FOTÓGRAFOS Y AFICIONADOS

Por cada fotografía de asunto humorístico que se nos envíe y publiquemos, recibirá su autor la cantidad de quince pesetas.



DE MANIOBRAS

— Este caballo ¿es de pura sangre?
— No, señor; es de mi comandante...

Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

MARRUECOS

Acabo de hablar con un legionario transiberiano llamado Juan Pérez López, y, persuadido de la importancia que sus declaraciones pueden tener para el curso de la campaña, me apresuro a transmitir a BUEN HUMOR la conversación íntegra.

— ¿...?

— Sí, señor. A pesar de las estaciones de despiojamiento, abundan los parásitos, a los que queremos como compañeros, porque forman legión. La lucha ayer en los Peños ha sido muy empeñada.

— ¿...?

— Efectivamente: me quitaron tres pesetas que poseía, e ignoro quién pueda ser; aunque se dice que el *Recalde* ha venido a limpiar fondos.

— ¿...?

— Fué en Dar-Drius. Un casco de granada se me metió en la boca, y tuve necesidad de devolver el casco. Como usted ve, la boca se me ha agrandado.

— ¿...?

— Cogí a un moro; pero, hallándome sin municiones, le leí un número de la revista *Ultra*.

— ¿...?

— Falleció en el acto.

— ¿...?

— La oficina de Policía indígena



es de un resultado maravilloso.

Hoy mismo, por confidencias del campo moro, se ha sabido que estamos a 21 de mayo de 1922.

— ¿...?

— Me gustan mucho las moras. Ayer seguí a varias, tres de ellas altas; pero ignoro el número de bajas. Una me ofreció casarse conmigo si yo le dispensaba una ligera mancha que tenía en el honor.

De nuestro enviado especial.

— ¿...?

— Que se casara con su abuela: que la mancha de una mora con otra mora se quita.

— ¿...?

— Todo el día lo pasamos tallando a los reclutas nuevos en Monte-Arruit.

— ¿...?

— No, señor. Era la primera vez que yo tallaba en el monte. Por cierto que a uno que no llegaba a la talla, se me ocurrió tirarle agua en las plantas para que creciera.

— ¿...?

— Sí; me soltó una flor.

— ¿...?

— Lo ocurrido fué que, al regreso, un moro amigo me dió una torta de cebada y cuarenta melocotones. Yo me los comí, y es extraño que, habiendo comido tanto, no tenga más que los huesos.

— ¿...?

— El balazo fué mortal de necesidad; pero sucedió que, habiéndome quitado las tres pesetas, no tenía dónde caerme muerto.

Al llegar aquí, el heroico legionario se encerró en el mayor de los mutismos; pero yo creo que con lo dicho hay bastante para los que quieran y deban entender.

K-HITO

Dibujo del mismo.

GARABATOS

— Ahí van dos moros. ¡Buen par! ¡Merecían más castigos!...

— ¿Y quién los va a castigar, si son dos moros amigos?

— ¿Amigos?... ¡De jorobar!

✂ ✂ ✂

Hoy he tenido ocasión de ver frente a mi balcón una cosa extraordinaria: he visto una funeraria cerrada ¡por defunción!

✂ ✂ ✂

— Oye: eso de estrenar será muy serio — preguntáronle a Heredia —; pues como manifiestan su criterio los que ven la comedia...

Y Heredia respondió: — Me importa un pito el que lo manifiesten. Lo que en momento tal siento infinito, es que lo *patifíesten*.

✂ ✂ ✂

Mira si será zoquete el tío de Ceferina, que, por nacer su sobrina en Mesina el día siete, dice que es *sietemesina*.

✂ ✂ ✂

Con tu mueca de desdén y tus pujos de elegante y tus chistes de almacén, pregonas a cada instante que eres una *niña bien*...; pero bien, bien, bien cargante.

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO.

AMOR Y NOVELA

Gorito es un joven distinguido, abogado y elegante.

Cachita es una niña bella como un lirio otoñal. Sus ojos son dos violetas dobles. Su boca, un pétalo de amapola. Sus cabellos, un haz de espigas. Pesa cincuenta kilos — ni un gramo más —. Todas las tardes, a las seis, toma el té de las cinco en Molinero. Lleva leídas setecientas ochenta y tres novelas románticas.

Gorito y Cachita se quieren.

Nació la pasión un día que Gorito "lanzó su Indian", ante el hotel de Cachita. Ella, al verle, se dijo:

— Este hombre tiene músculo y mete ruido. Me conviene.

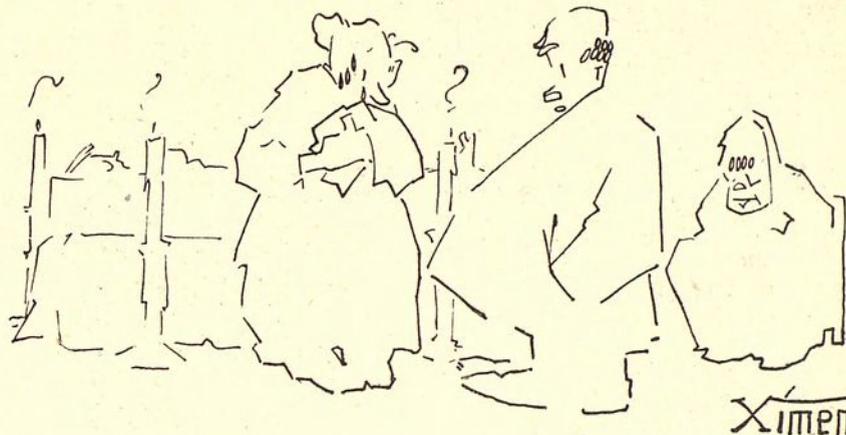
Y le amó locamente.



No se conformó Cachita con que Gorito fuera consumado motorista. Quiso también que fuera el héroe de las novelas que había leído. Una noche en el Ritz, después de bailar un Fox, le dijo:

— ¿Por qué no me amas como Romeo?

Gorito compró un tomo de Sopena y aprendió a amar como le decían. A decir verdad, no le gustaba mucho despedirse platónicamente al despuntar el alba. Alguna noche estuvo a punto de ser mordido por el *lulú* de Cachita, al descender de la ventana. Otra vez, el sereno le



Dib. XIMEN. — Málaga.

— Pues verá usted, doctor: sería a eso de las doce cuando el pobrecito expiró sin decir ni pío.

— ¡Si que es raro, tratándose de un pollo!...

tomó por un ladrón, y le costó gran trabajo justificarse; pero ¿qué había de hacer? Todo por el amor...



Cachita estaba encantada. Gorito era todo un hombre. Le bastó decirle: «¡Si tú fueras Garcés de Marsilla!», para que él, arrojado y valiente, sentara plaza y marchara a refugiarse en las oficinas de la Comandancia general de Larache. Las amigas la envidiaron. Su novio era un héroe.

Al retornar a la Patria, le dijo entusiasmada:

— ¡Oh! ¡Te amo como Hero a Leandro!

Gorito no cabía en sí de gozo. Una noche tenebrosa atravesó con mil peligros el estanque del jardín, en cuya orilla opuesta esperábale Cachita, trémula de amor sincero.

Pero el padre de Cachita — un prosaico exportador de carbón — no se avino a estos amores excelentes, sublimes. Puso tierra por medio, enviando a la tierna niña a una provincia lejana. Se despidieron como Espronceda y Teresa.

Después, ya en el destierro, Cachita le propuso, por carta, que la quisiera como Abelardo a Eloísa.

A esto sí que no pudo acceder el fiel Gorito. Le daba miedo verse en la triste situación de Abelardo.



Pasaron algunos meses de amor desesperado. Los dos decidieron terminar sus desgraciados amores de una forma digna de ellos.

Acudirían al teléfono. Llevarían sendos frascos del mismo veneno...

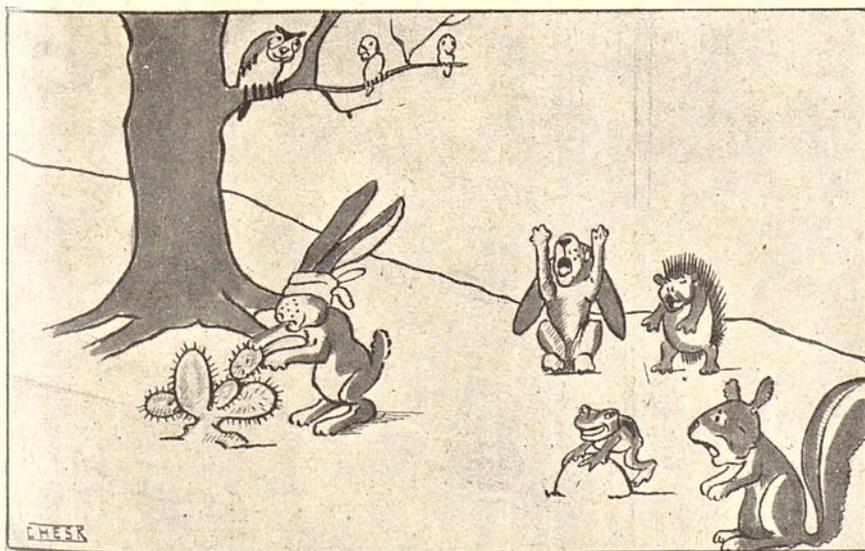
Así lo hicieron. Repitieron todas las frases que en estos casos dicen los héroes de novela. Después...

Gorito dijo, una vez que apuró el contenido: «¡Si supiera que bebí agua!...» Y al propio tiempo, Cachita decía: «Por quererle unos años más, no me he suicidado.»



Diez años más tarde, tirábanse los trastos a la cabeza, como en las novelas de Zola.

ASA D'OR



Dib. CHESK. — Madrid.

EL CONEJO. — O he perdido el tacto, o esto que tengo en mis manos es el erizo.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

ESTRENOS VARIADOS



Muñoz Seca ha estrenado otra vez. Ahora en la amable compañía de su antiguo colaborador el señor Pérez Fernández. Se titula la obra *La encerrona*; pero no hablemos de ella.

La espiritualidad de los comediógrafos, lo acusado de su temperamento de artistas, la elevación de miras en ellos peculiares, resplandecen, sin que ahondemos en la

nueva producción, con solo leer el título.

Claro es que al lado de lo que anuncia la compañía de Zorrilla — otra comedia original de García Alvarez —, la de Muñoz Seca desmerece un poco.

Llevarle a una obra *La frutería de Frutos*, o *aquí todos son muy brutos*, es de un excelente gusto literario, digno de todas nuestras alabanzas. Y así se titula la obra de García Alvarez.

En lo único que no estamos conformes es en la manera de generalizar que tiene el aludido señor.

Otra cosa sería si la inédita joya teatral del hilarante autor se desarrollase exclusivamente entre comediógrafos populares. A eso nada tendríamos que oponer por nuestra parte.

Cada uno dice lo que siente, y todos tan contentos.



El Sr. Martínez Cuenca estrenó en el Cómico una comedia en dos actos titulada *La ciudad silenciosa*. Desde luego estamos conformes.

Un silencio absoluto. Tan absoluto, que no vamos a decir ni una palabra más.



También en el Cómico, y con bastante anterioridad, se estrenó un drama en tres actos titulado *El secreto*. Como nos gusta la igualdad en todo, al callarnos con los silencios del Sr. Cuenca, no hemos de hacer menos con la obra del señor Contreras Camargo.

¡Secreto absoluto, caro lector!

"VARIÉTÉS" EN APOLO

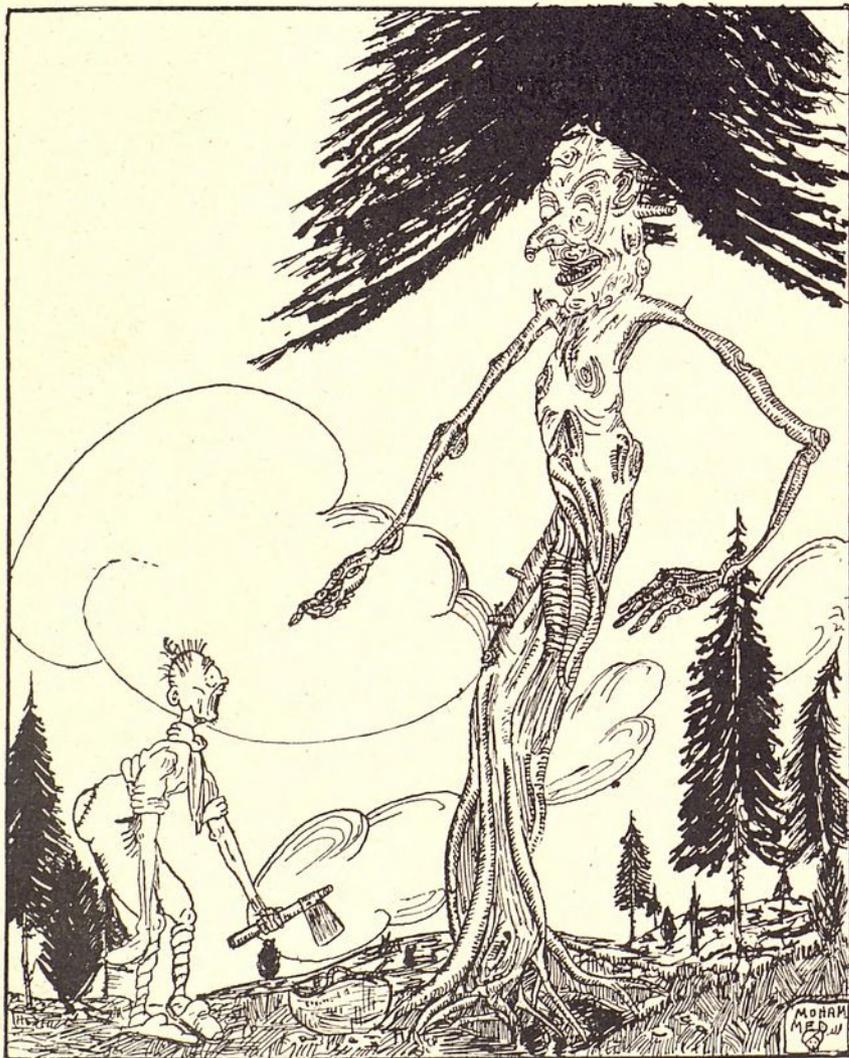
La lucida campaña que realizaba la compañía del Sr. Bargués en el teatro Apolo terminó de una manera inesperada.

Se acabaron las posibilidades económicas en vista de que el público se había empeñado en no ir al teatro. Son cosas del público, que a veces se obstina en ponerse de acuerdo con las empresas.

La compañía de Bargués demostró su decisión absoluta de ahuyentar a los espectadores, representando cosas inadmisibles. Estos no tuvieron inconveniente alguno en secundar los deseos de la compañía.

Todos en inteligencia y tan encantados de la vida.

La triste consecuencia de todo ello ha sido el *début* de un gran cuadro de *variétés* en la antigua *catedral* del género lírico. Y no decimos lo de triste consecuencia con ánimo de menospreciar a las distinguidas *estrellas* que allí trabajan en la actualidad, no. Lo que a nos-



Dib. MOHAMMED. — Madria.

EL ÁRBOL AL LEÑADOR. — ¡Corte usted lo que quiera; pero no me toque a la savia, porque todavía no ha terminado el bachillerato!...

otros nos acongoja es la serie de desventuras que vamos escuchando de labios de esas artistas en cuanto aparecen en escena.

¡Qué de historias tristes, señor! Esas canciones que ahora se estilan le ponen a uno el corazón en un puño. Amores contrariados, celos mal reprimidos, dramas angustiosos, en los que no se llega a saber nunca si es la música la que hace vibrar nuestros nervios, o es la letra la que nos arranca lágrimas, o es todo eso, y además la manera de expresarlo, lo que nos induce a no volver nunca...

UN CHISME

En una tertulia nos refirieron hace pocas noches que un ciudadano está preparando una comedia en la que, además de otros varios personajes, hay un «Diplomático primero», «Diplomático segundo», «Diplomático tercero», y así hasta diez.

Un amigo nuestro, de mala intención, al escuchar lo que antecede, dijo:

— Eso no es una comedia. ¡Eso es la Conferencia de Génova!...

JOSÉ L. MAYRAL.

Del Real a la Latina, pasando por Fuencarral.

(Chismorreo, chirigoteo, algo de información y su poquito de gualicheo.)

— ¡Gran trasiego de histriones, Belorcio amigo!

— ¡Hola!...

— ¡Hola! ¿Qué tal?...

— No es que te saludo; es que me admiro. Hay movimiento, ¿eh?...

— Sí, señor. Thuillier ha cesado temporalmente en el Rey Alfonso, y le substituye Perico Zorrilla.

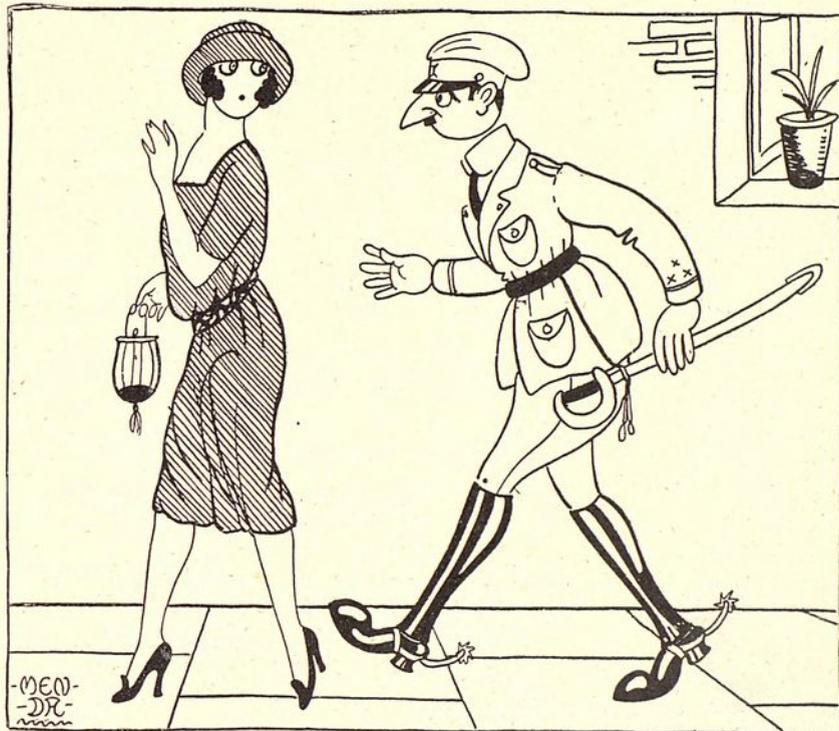
— Hará mejor negocio.

— ¿Por...?

— Muy sencillo. El público de Cerdaceros optó siempre por la bagatela y el gualicheo. Un elenco trágico, o simplemente taciturno, no hará negocio ahí: véase Thuillier. Por eso insisto en que, para triunfar ahí, hay que ser alegre, hay que ser Zorrilla.

— ¿Sabes que han instalado tres puestos de socorro en la plaza de la Cebada?

— ¿Se teme una revuelta?



Dib. MENDA. — Madrid.

— ¡Caballero, haga el favor de retirarse!

— Tenga usted en cuenta, señorita, que no soy más que capitán...

— Se sabe que van a comenzar los dramas policíacos en Novedades.

— ¡Cómo está la farándula, Belorcio! Dramas en Novedades, *variétés* en Apolo. Estoy viendo a Luis Esteso en el Real...

— Eso no; pero lo que sí es posible es que un amplio y elegante cine se alquile para conferencias mauristas.

— ¿Un cine? ¡Qué falta de tacto!

— Por eso se cierra: por falta de tacto. Y ya que hemos hablado de los dramas policíacos, sospecho que esta vez van a fracasar.

— ¡Cal!...

— ¡Sí, hombre! El atractivo de estas obras estaba en ver cómo majaban a doce o trece personajes. Había drama en el que permanecían cinco o seis *fiambres* en escena por acto. Esta macabrez sugestionaba a los espectadores, ¿no?...

— Evidente.

— Bueno; pues todo eso se acaba. Don Millán ha dispuesto que tan pronto caiga el traidor en un drama policíaco, le cubran los tramoyistas con una harpillera...

— Ha debutado en el Infanta la otra compañía de Serrano.

— ¿La B?

— La B.

— ¿Y le gusta a la gente?

— ¡Cal!...

— ¿No le gusta la B?

— No.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque no la B. Y no la B, porque no va. Como que su primer estreno es todo un símbolo.

— ¿Cómo se titula?

— ¡Al demonio se le ocurre!...

— Exacto. ¡Al demonio se le ocurre abrir el teatro con este tiempo!

— En principio, pensó D. Arturo presentar en el Infanta a un prestidigitador calagurritano que le llaman *el Cangrejo*, y que es un asombro. Hace desaparecer un camión a la vista del público con más limpieza que un concejal... Don Arturo le tiró un cable; pero apenas supo el prestidigitador que era Serrano el empresario, se negó a dialogar.

— ¿Por qué?

— Se ignora. Lo cierto es que *el Cangrejo* no pasa por Serrano.

— ¡...!

— ¡¡¡Ay!!!

EL LORO DEL RIN

INFORMACIÓN TELEGRÁFICA DE "BUEN HUMOR"

NOTICIAS DE PROVINCIAS Y DEL EXTRANJERO

Lance de honor.—Oviedo, 21. Se ha verificado un lance a espada entre el director del diario de esta capital *El Eco de Asturias* y el tenedor de libros de la casa de comercio Meirás y Compañía.

El desafío ha despertado general curiosidad, porque es la primera vez que un periodista se bate con un tenedor.

A propósito de este encuentro, se comentaba que el periodista men-

cionado, en la época en que fué crítico de la revista taurina *La Lidia de Oviedo*, tuvo más de seis lances de bastante gravedad, y de gran resonancia en toda España.

En efecto: nosotros recordamos haber oído hablar en muchas ocasiones de los lances de *La Lidia*.

Lo que nos choca es que todos los desafíos fueron a espada... y ninguno de ellos a banderillero o a picador.

En el que ahora ha tenido lugar, ha resultado el periodista herido por el tenedor.

Según los que han presenciado el combate, las fuerzas no estaban equilibradas, porque el director de *El Eco de Asturias* estuvo, durante todo el duelo, casi siempre descubierto ante el arma de su contrario, y el tenedor, en cambio, cubierto...

Tampoco es la primera vez en España que un cubierto hace daño a un periodista.

Por fortuna, las heridas, como producidas por un tenedor, no son de ningún cuidado.

Huelga de músicos.—Barcelona, 21.—Se han declarado en huelga los músicos que componen la orquesta del teatro de variétés titulado *Concert Rocafull*.

Piden un real de aumento, por lo que el público los ha calificado, con pintoresco humorismo, con el nombre un poco burlesco de «la orquesta del real».

Parece ser que no hay medio de avenencia, aunque en principio se creyó que habría *real y medio*...

Las cupletistas del *Concert* están todas disgustadísimas con la noticia de que los músicos se niegan a tocarles nada desde esta noche.

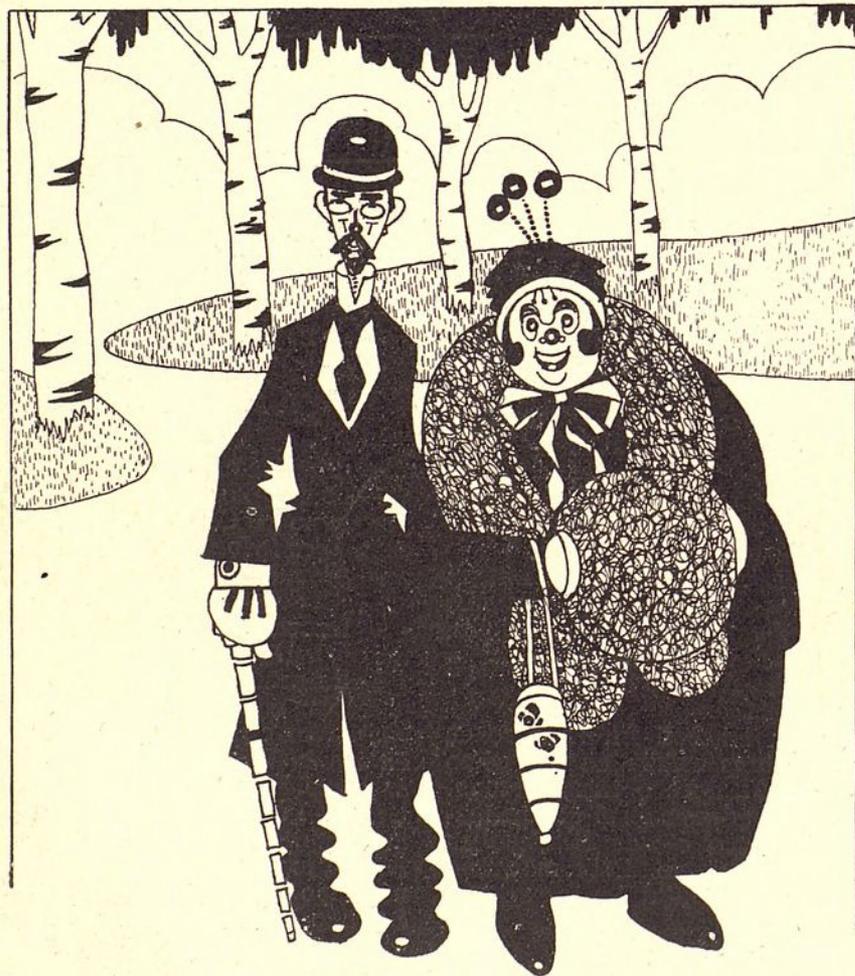
Se espera poder conjurar el conflicto con un tocador de guitarra; pero hay el temor de que un tocador solo resulte insuficiente para treinta mujeres; y más diciendo ellas que no le pasan de ninguna manera.

El empresario, no obstante, confía en que pasen al tocador.

Bando original.—Aranjuez, 21. El alcalde de este Real Sitio acaba de fijar un bando que está siendo comentadísimo por todo el vecindario de Aranjuez.

En él ordena, bajo severas penas, que todos los que tengan pericos en su casa los envíen inmediatamente a Madrid.

Pero aquí se tiene el justificadísimo



Dib. LLANO. — Madrid.

ELLA. — Tenemos que dar el pésame a don Raimundo por la muerte de su señora.

ÉL. — Querrás decir la enhorabuena; porque no a todos nos cae esa breva

CAÑO LIBRE



A raza latina, a que tenemos el honor de pertenecer, ha pasado unos cuantos días entregada al júbilo. Y la cosa no era para menos. El campeón francés Carpentier, en una fiesta cultural de boxeo a que asistieron 15.000 personas, había vencido en dos minutos al campeón inglés Lewis, administrándole un puñetazo magistral en la mandíbula.

Francia brincó de alegría, como era de esperar, y nosotros, siguiendo la inveterada costumbre de remedar a la hermana mayor, dimos

también algunos saltitos. Pero a la semana justa, y después de reflexionar un poco, se nos han caído los palos del sombrero, porque nos acordamos de Dempsey y de los Estados Unidos, y comprendemos que este puñetazo no borra los otros.

Carpentier habrá vencido a Lewis; pero el campeón del mundo sigue siendo Dempsey, que venció a Carpentier... De modo que este triunfo de ahora podrá indicar que la hegemonía inglesa corre peligro; pero como los que la heredan son los yanquis, no hemos adelantado nada.

¡Esa raza anglosajona!...



En las Cortes se ha discutido el auxilio económico que debe pres-

tarse a las Empresas navieras, y se me figura que se ha fijado, o se va a fijar, en veinticinco millones.

Fíjense ustedes bien en el asunto, porque tiene más miga de la que parece.

Durante la guerra, las navieras hicieron tan fabulosos negocios, que algunas acciones de cien duros llegaron a valer más de dos mil, y hubo barcos que obtuvieron todo su valor en los beneficios de cada viaje. Cuando se trató de imponer una contribución sobre las ganancias extraordinarias de la guerra, las protestas fueron tan fuertes, que hubo que desistir del empeño; y ahora, cuando el negocio ha dejado de ser claro y enorme, el Estado acude solícito a remediar el daño.

¿No es verdad que debe dar mucho gusto estar interesado en unas Empresas que no pueden perder nunca?



La Mancomunidad catalana no cede en su afán de que el Estado le conceda la explotación de los teléfonos de Barcelona, y el Sr. Puig y Cadafalch ha declarado terminantemente que la negativa es casi una ofensa, y que ya las pagaremos todas juntas.

A pesar de la oposición de los telegrafistas, de la Prensa y del Parlamento, que ya se ha demostrado sobradamente, los mancomuneros insisten en sus reuniones y en sus comunicados, y no dejan pasar un día sin que la cuestión se ponga sobre el tapete.

Y... a propósito: les voy a contar a ustedes un cuento.



Pues, señor, éste era un cura de pueblo que tenía un magnífico perro de caza.

Y Sebastián el Bisojo, convecino del señor cura y gran aficionado también a la persecución de liebres y perdices, convencido de que el animalito era una alhaja, sin rival en veinte leguas a la redonda, no dormía ni sosegaba soñando con el perro.

Pero el cura no quería regalarlo, ni lo vendía, aunque se lo pagaran a peso de oro.

Y a causa del deseo adquisitivo del uno, y de la energía del otro para defender su propiedad contra las más tentadoras proposiciones,



Dib. URIBE. — Madrid.

— ¿Cómo es que te casas con ese aviador?
— Porque es un hombre que todo lo pasa por alto.

se estableció entre el clérigo y el seglar un pugilato de tozudez digno de las siete villas de Aragón, que llegó hasta el punto de que Sebastián no dejara vivir al cura.

— Véndame *usté* el perro — le decía visitándole en las horas de la siesta, acompañándole en sus paseos, despertándole con fuertes alabonazos en las noches de lluvia, y hasta ayudándole a misa frecuentemente, para oírle el *Dóminus vobiscum*, y no contestar *Et cum spiritu tuo*, sino:

— ¡Véndame *usté* el perro!

Y así durante semanas y meses, hasta que, hartado y cansado el buen sacerdote de tan tenaz asedio y persecución tan constante, que no le dejaban respirar ni moverse, cogió al perro por las orejas y se lo entregó a Sebastián, diciendo:

— Toma, hijo, no puedo más; te lo regalo, y de salud te sirva.



Algún tiempo después, una mujer casada, de probadísima honradez y virtud intachable, se acercó acongojada a la rejilla del confesonario para acusarse, entre lágrimas y sollozos, del grave pecado de adulterio.

El cura, que conocía demasiado a le penitente, creyó que la infeliz se había vuelto loca.

— ¿Cómo es posible, hija mía — le dijo —, que tú, que siempre has sido buena, hayas olvidado hasta ese punto tus deberes?

— Yo tampoco lo comprendo, padre.

— ¿Ha sido por la violencia?

— No, señor.

— ¿Ha sido en un momento de ceguera o de abandono?

— No, señor; eso menos.

— ¿Ha sido por un arrebato de pasión que pudiera ser disculpable?

— Tampoco; no he sentido pasión ninguna. Al contrario, aborrezco y he aborrecido siempre al que tuvo la culpa.

— Y, sin embargo, ¿no pudiste resistirle?

— No, señor; no pude.

— Pues, hija, no lo entiendo. ¿Puedes decirme el nombre del miserable?

— Sí, señor; sí puedo. Ha sido... Sebastián *el Bisojo*.

— ¿Ha sido Sebastián? Pues vete en paz, hija mía, y cesen tus tribulaciones. Yo te absuelvo, y estoy



Dib. CASTEIG. — Alicante.

— Diga usted: ¿ese largo es de Haendel?
— No, señor; es de Carabanchel.



seguro de que Dios te perdona. Al *Bisojo* no hay más remedio que entregarle todo lo que pida.



El Sr. Puig y Cadafalch conoce indudablemente este cuento, y sabe que, siguiendo el sistema de Sebastián, el Estado regalará los teléfonos a la Mancomunidad..., para quitársela de encima.

SINESIO DELGADO.



TITIRIMUNDILLO

— Antes, la gente elegante obsequiaba con té a sus amistades. Ahora, a eso mismo se le llama merienda.

— ¿Y dice usted que es lo mismo?

— Sí; pero así se le da coba al estómago, haciéndole creer que con el cambio de palabra come más.



«En la obra del Sr. Bergamín se introducen grandes economías.»

¡Don Francisco, venga un abrazo! Usted va a ser el único español que puede economizar.

Aunque no sea de su dinero.

En Vega de Liébana, una osa acometió a un vecino, que salió huyendo y diciendo una frase chula:

— ¡Anda la osa, y cómo anda esa osa!

Y es que se siente uno flamenco, sin querer, en algunas ocasiones.

Se ha celebrado el banquete a don Nadie.

¡Cuántos banquetes se han dado anteriormente iguales!

En los que el festejado era así mismo don Nadie, y él se creía otra cosa.

Ha muerto el hombre-reclamo, que tan popular se hizo por las calles de Madrid.

Lamentamos la desgracia, reco-

nociendo que no era el único hombre-reclamo que poseemos.

¡Ahí está Unamuno!

«El próximo Presupuesto será completamente sincero.»

¿Sin-cero? Sin ceros, sin los muchos ceros que va a tener, es como debía ser.

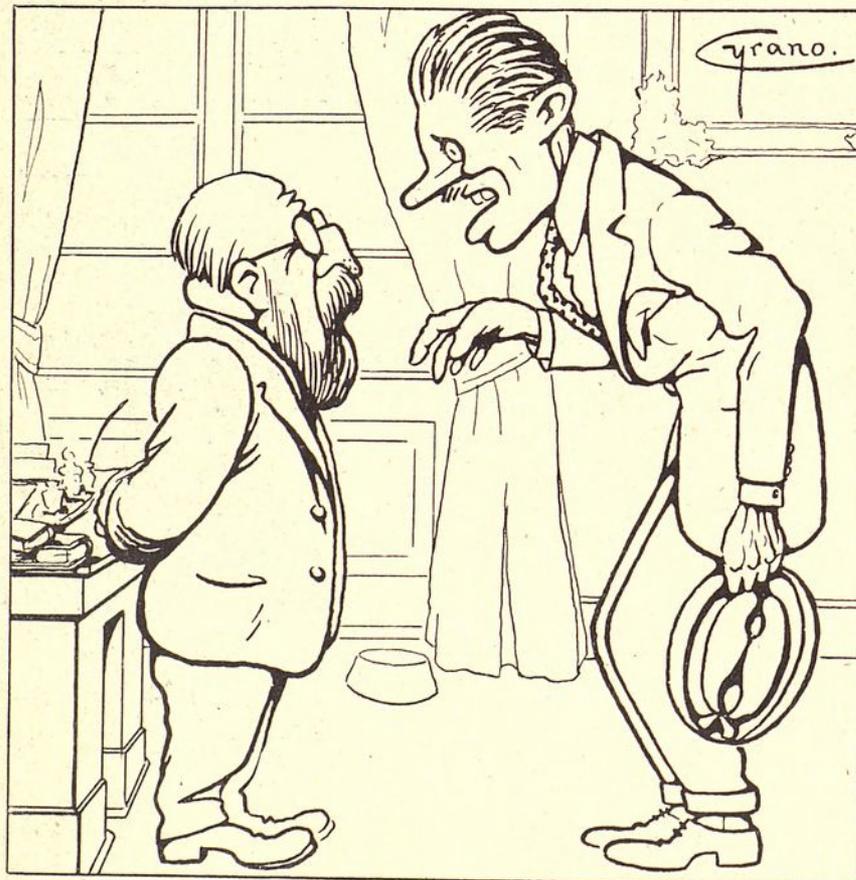
Los caballos de carreras usan los bonitos nombres de Shortage, No good at all, Faites circuler, Aldwak.

¡Y luego hablábamos de los mo-tes de los toreros!...

— Déme medio kilo de rosquillas del santo.

— ¿Bañadas, o tontas, señora?

— Tontas; y cuanto más lo sean,



Dib. CYRANO. — Madrid.

- Doctor, padezco apendicitis, y quisiera operarme.
- Pues la semana próxima extirparemos ese apéndice.
- Es que ese apéndice es la mamá de mi mujer...

No deje usted de adquirir
hoy mismo el

**CATÁLOGO HUMO-
RÍSTICO DE LA EX-
POSICIÓN NACIO-
NAL DE BELLAS**

ARTES

publicado por

BUEN HUMOR

mejor. Son para mi marido, y en mi casa no entra nadie que sea listo.

«Kochauski es un violinista inmenso.»

¡Vaya! Como que cuando toca en un teatro, hay que ponerle decoración de campo.

Porque si no, no cabría en el escenario.

«Mil doscientas pesetas que se liquidan.»

He aquí un dinero que, siendo pasta, se ha cambiado en líquido.

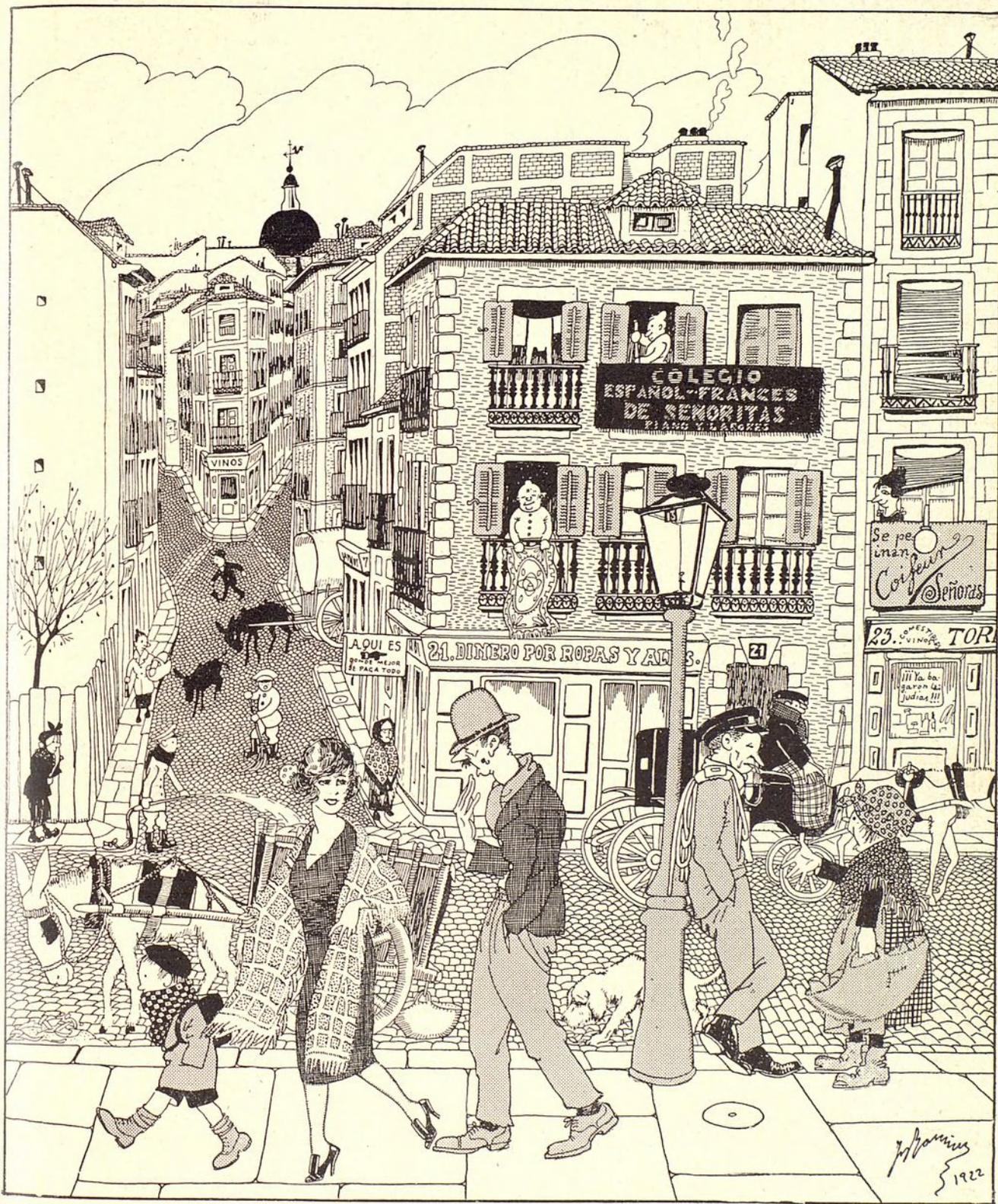
«Después del banquete, los comensales elogiaron las bellezas artísticas de la casa.»

¡Ca! Lo que comentaron fué la comida. ¿Para qué nos vamos a engañar?

«El problema de los salarios.»
El problema es para el que los paga.

Porque el que los cobra, pone la mano, y en paz.

No tiene más problema que gastarlos.



— ¡Adiós, prenda!...
— La verdad es que es usted asaúra. ¿No sabe usted otra?
— Pero, niña, ¡si es que iba acordándome de mi abrigo, que lo he dejado en Peñaranda!...

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

PARALELOS HUMORÍSTICOS

SEGUNDA PARTE



CONTINUAMOS hoy la festiva enumeración de los títulos de las obras maestras que componen nuestra casi suntuosa biblioteca, relacionándolos con personas y sucesos hartos conocidos de ustedes, y estableciendo los correspondientes paralelos guasones a que esas personas y esos sucesos se han hecho acreedores por su mala cabeza.

Conste que no queremos ofender a nadie; pero no tenemos más remedio que hacer lo que hacemos, porque es imprescindible que el público se ría, aunque caiga quien caiga.

Aquí no respetamos ni siquiera a nuestras propias personas; y si eso hacemos con nosotros, calculen ustedes lo que haremos con los que no son de la familia.

Y allá va la prueba:



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— El negro le hace más viejo... El café le sentaría mucho mejor.
— Sí, señor; sobre todo, con media tostada.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR

OBRAS DE TIRSO DE MOLINA

El vergonzoso en Palacio. — Supongo que no tendrán que molestarse ustedes mucho para adivinar que nos referimos a D. Miguel de Unamuno.

La prudencia en la mujer. — Cualidad que hacen destacar en escena las insignes comediantas ingenuas Antonia de Cachavera y *Chelito*.

El burlador de Sevilla. — Rafael Gómez (*Gallo*), que además es burlador de las otras cuarenta y ocho provincias españolas y de los respectivos reglamentos de las corridas de toros que tiene cada una.

OBRAS DE TERENCEO

El que se atormenta a sí mismo. — Don Manuel Allendesalazar, en relación constante con las tobilleras madrileñas y forasteras.

OBRAS DE JOSÉ ECHEGARAY

La muerte en los labios. — El hecho sencillo y corriente de querer fumarse un puro de treinta céntimos de los que expenden los estancos nacionales.

Un crítico incipiente. — El ilustre polígrafo D. Julio Cejador.

Manantial que no se agota. — La paciencia de los españoles ante los eminentes Gobiernos que aquí se disfrutaban.

Siempre en ridículo. — El Sr. Millán de Priego.

Malas herencias. — Trescientas pesetas que me legó un tío segundo, y cincuenta y dos duros que me ha dejado una tía tercera.

OBRAS DE APULEYO

El asno de oro. — Cualquier nuevo rico de los que yo conozco o de los que conocen ustedes.

¡Es lo mismo, y todos sirven para el caso!...

OBRAS DE MARTÍNEZ SIERRA

El pobrecito Juan. — La Cierva.

Lirio entre espinas. — Melquiades, rodeado de Lerroux, Alba, García Prieto, *El Noy del Sucre* y otras eminentes figuras de la izquierda.

La sombra del padre. — Cosa de que carece Antonio Paso (hijo), porque es indiscutible que Antonio Paso (padre) ha ganado el dinero por tener *sombra*, y Antonio Paso (hijo) se va a ver negro precisamente por no tenerla.

¡Juventud, divino tesoro! — Aventajada situación de la genial actriz, recientemente puesta de largo (y todavía no entrada en quintas), Loretito Prado.

OBRAS DE VÉLEZ DE GUEVARA

El diablo cojuelo. — Romanones.

OBRAS DE VOLTAIRE

Cándido, o el optimismo. — Sánchez Guerra, creyendo que va poder aprobar los Presupuestos y gobernar un par de años.

La doncella. — *La Preciosilla*.

OBRAS DE RICARDO LEÓN

Alivio de caminantes. — Un par de alpargatas abiertas.

El amor de los amores. — El que ha puesto Sánchez de Toca en el Arancel para el azúcar extranjero.

OBRAS DE LÓPEZ SILVA

La revoltosa. — *La Argentinita*.

La chavala. — Leocadia Alba.

Los buenos mozos. Valeriano Weyler y Ricardo Villa, director de la banda municipal.

OBRAS DE FELIPE TRIGO

Del frío al fuego. — Viaje marítimo desde la costa Norte de la Siberia a la República del Ecuador.

Las evas del Paraíso. — Paquita Torres y Teresa Saavedra, que, además del paraíso, lo son de las butacas, de los palcos y de los sillones de entresuelo.

La Altísima. — La señora encargada del bar instalado en el último piso de la torre Eiffel.

OBRAS DE MARQUINA

Por los pecados del rey. — Motivo fundamental que ha llevado a Alemania a la situación de no tener una gorda en que hoy se encuentra.

En Flandes se ha puesto el Sol. — ¡Pues, muy buenas noches, señores flamencos!...

NÉSTOR O. LOPE.



SONRISAS DE "BUEN HUMOR"

En un diario de Madrid leo la siguiente noticia de un corresponsal:

«Se dice que ha quebrado un rico banquero de esta plaza...»

¡Caracoles!

Quebrar..., y en una plaza.

¡Ese hombre es un fenómeno!



Dice un telegrama de París que cierto nuevo rico ha pagado 16.000 francos

por un ejemplar de Las flores del mal, de Baudelaire.

En cambio, aquí, ni a los nuevos ni a los viejos ricos les da por la lectura.

Ni falta que les hace para ser políticos eminentes.

Porque en España, cuanto más bruto se es, más se es...



De una poesía firmada por D. Ricardo G. Salabert:

«... y en el jardín amable la voz de los pequeños y el ritmo de una fuente que brota rumorosa del claro surtidor...»

¿Sí?..

¡Que se cree usted eso!

¿No será el surtidor el que brota de la fuente?..



De otro trabajo, éste en prosa, de D. Antonio Abellán:

«El astro nocturno radiaba en el horizonte.»

Pero oiga: ¿es que de noche no se percibe más que un astro?

¡Cómo se conoce que usted no ha visto las estrellas!..



De un revistero taurino:

«Cuarto. Grande, con bragas...»

¿Eh?... ¿Con bragas?..

Entonces debía ser chico.



Escribe otro revistero taurino:

«Chicuelo veroniquea, templando bien.»

Y más abajo agrega: «Música.»

Bueno; eso de música lo veía yo venir desde que leí lo de templando bien.



Un vate religioso escribe lo siguiente en cierta revista católica:

«Soy humilde, soy bueno.

Por eso tengo mi ánimo sereno...»

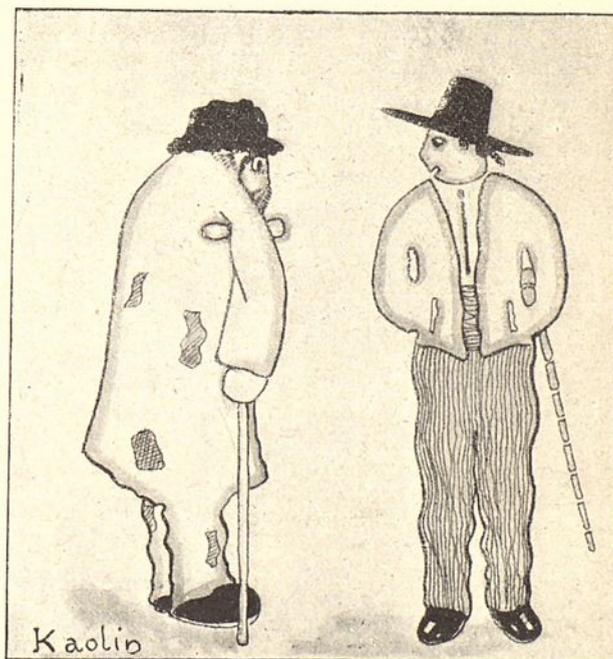
Muy bien. Y permítame usted que el sereno ese vaya seguido de unas palmas.

MIGUEL DE CASTRO.



Dib. NANDO. — Valencia.

LOS PADRES. — ¡Sí, el pobre Enrique se nos murió el mes pasado!...
LA JOVEN. — ¡Parece mentira!.. ¡Con lo bien que bailaba!..



Dib. KAOLIN. — Madrid.

— Una limosna para este pobre desgraciado, pues ya sabe usted lo difícil que es ganarse la vida con la mula.

UNA OBRA MAESTRA



LÓPEZ, el infeliz y desdichado López, está empleado en una casa de Banca. Cobra ciento veinticinco pesetas mensuales, y, con razón, cree que está muy mal pagado. Le parece insuficiente el sueldo, y, sobre todo, atrozmente desproporcionado con sus justas y legítimas aspiraciones. Y al fin se ha convencido de que en la Banca no está su porvenir. Ha olfateado entonces todos los caminos imaginables, y se ha quedado indeciso y perplejo.

Pero un día López se da una palmama en la frente. ¡Ya está encontrada la solución! ¡Ya está buscado el camino! López será autor cómicodramático. En más de una ocasión ha oído que Fulanito cobra tantas y tantas pesetas mensuales; que la liquidación trimestral de Menganito asciende a tantos miles de duros; que, un año con otro, Zutanita se embolsa no sé cuántos fajos de muchísimos billetes de muchísimas pesetas.

López será autor. Pero ¿cómo? Nunca se ha ocupado de esos asuntos. Ni siquiera frecuenta el teatro. Y se ha pasado las noches en vela, pensando de qué forma podrá se autor cómicodramático. Al fin, una madrugada, a las tres y media, ha tenido una idea feliz. El sobrino del marido de una prima segunda de la costurera de la dueña de la casa donde vive la tía de un amigo del yerno del jefe de su negociado es un aplaudido autor. Estrenó, hace ya bastantes años, una obrita en un acto y un entremés. Y a López se le ha ocurrido que ese autor ya consagrado le explicará convenientemente la forma y manera de escribir obras de teatro.

En efecto: López, sin perder tiempo, ha visitado al sobrino del marido de una prima segunda de..., etc., etc. El cual, al enterarse de que invocaban su ayuda y su consejo, se ha hinchado descomensuradamente; des-

pués ha tomado una postura grave, digna, adecuada a las circunstancias, y ha dicho con voz campanuda:

— ¡Oh, amigo mío! El teatro... El teatro es una arca cerrada. El teatro es una lotería. El teatro..., es el teatro.

Luego ha callado, para observar el efecto producido por sus palabras. Y cuando ha visto a López con los ojos muy abiertos y llenos de asombro, ha continuado:

— Usted quiere escribir para el teatro, ¿eh?... ¡Muy buena idea!

— Sí. Vengo para que usted me aconseje. ¿Qué debo hacer para...?

— ¡Leer! — ha contestado el sobrino del marido, etc., que casi es analfabeto y que no lee más que la sección de sucesos de los diarios.

— ¡Leer, leer y leer! — ha repetido con voz aun más grave.

— Bien. Pero ¿qué leo? ¿Qué lecturas me recomienda usted?

El insigne autor dramático se ha quedado un poco perplejo. ¿Cómo va a recomendar una lista de obras y de autores, si él no ha leído ab-

solutamente nada? Pero pronto ha vuelto a tomar la palabra:

— ¡Oh, cualquier cosa! Eso es indiferente. La cuestión es leer. Y no se eche usted atrás si lo que lee parece estrambótico. Precisamente, eso es lo que necesita el teatro nacional: autores que hayan leído mucho y que lleven a la escena las ideas que andan por ahí, sin que nadie las aproveche.

Luego, sintetizando, ha dicho:

— Hacer una obra de teatro consiste en escenificar una idea. El mérito estriba en la novedad. Hay que escenificar ideas nuevas y hay que hacerlo con una técnica también nueva, con procedimientos que no sean los empleados por todo el mundo.

López se ha marchado a su casa contentísimo. Vislumbra unos cuantos asuntos que seguramente han de llamar mucho la atención. Ahora no falta más que darles vida, para lo cual, y siguiendo los consejos del *maestro*, está dispuesto a leer cuantos libros pueda. Precisamente, ahora recuerda que en un armario tiene como una docena de tomos, que, cubiertos de polvo, esperan pacientemente desde hace muchos años que algún alma piadosa los saque de su obscura prisión.

Y sin esperar a más, en cuanto llega a su casa coge aquellos libros, los limpia y comienza su lectura. Uno de ellos se titula *Manual del perfecto cocinero*; otro, *Doscientos platos de vigilia*; el de más allá, *Diez mil recetas de salsas*; el de al lado, *El cocido, su historia y su importancia en la vida nacional*; uno en rústica, *Un menú para cada día del año*; y otro, encuadernado en rica piel, *Tratado de repostería francesa*.

Aquella noche López duerme dos horas. Hasta las cinco de la mañana se ha entregado a la lectura, habiendo leído dos de los tomos arriba enunciados. A la noche siguiente, y a la otra, y a la otra, y todas las noches, hasta que los ha concluido, se ha acostado a la misma hora. Y luego, no satisfecho aún, ha vuelto a leerlos íntegramente, mara-



Dib. GARCÍA LEZ. — Tetuán.

— ¿Te hablas con tu marido?

— Ya sabes que desde que nos divorciamos se interpuso entre nosotros una barrera.

— ¡Los hay que la saltan!...

NOTAS DE ACTUALIDAD

Dib. EFE. — Madrid.



Sobresaliente.



Notable.



Ha-probado.



Suspense.

villándose a cada paso de las galanuras de estilo y de la profundidad de las ideas que a cada línea se encuentran en las bien nutridas páginas de aquellos libros admirables.

Después ha comprado un paquete de cuartillas, ha llenado el tintero, y en diez y siete días se ha escrito un drama en cinco actos y catorce cuadros, drama que seguramente será causa de que López pase a la posteridad. Cuando ha escrito la última palabra, *telón*, ha suspirado satisfecho. Y sin esperar a más, ha dado las cuartillas a un mecanógrafo para que se las ponga en limpio. En cuanto ha tenido la copia en su poder, ha cogido el tranvía y ha ido a leer al *maestro* el fruto de su trabajo.

El gran dramaturgo le ha recibido muy amable. Se han sentado frente a frente, y López, con voz temblona por la emoción, ha leído:

— *El amor de una judía*, drama confeccionado por Juan López. Acto primero. Cuadro primero. Se cogerá un teatro lo bastante amplio para que quepan todos los espectadores que querrán asistir al estreno de este exquisito drama. En el escenario de ese teatro (y nunca en el de otro) se pondrán sucesivamente las catorce decoraciones que se expresan en las recetas que irán

EL BUEN HUMOR DE NUESTROS CLÁSICOS

EPIGRAMA

Hace, don Luis, tu vecina mucha fuerza en que es doncella, y yo no acierto a creella, ni a tal mi estrella me inclina.

Alumbra más que la esfera, de diamantes adornada: calle tan bien empedrada, sin duda que es pasajera...

SALAS BARBADILLO.



MALDICIÓN

Hurtáronle a un jorobado una ropilla, y como era hecha a su medida, y como para una tortuga hecha, cuando echó menos el hurto, no hizo mayor diligencia que decir contra el ladrón:

«¡Plegue a Dios que bien te ven- [ga!»

CUBILLO DE ARAGÓN.

apareciendo en el curso de la obra. La primera de ellas se conseguirá de la forma siguiente: se cogerán como media docena de bastidores y se les pintará de verde, porque se trata de representar una selva. Después se procurarán unos troncos de madera, los cuales se embadurnarán con chocolate a la española, para que figuren bancos. Luego se cogerá una actriz joven y guapa, ya que va a representar el papel de judía amorosa, advirtiendo que esa judía ha de ser forzosamente verde. Hecho esto, se coge un actor de mal carácter, porque ha de representar un papel agrio: el de Calamor, que es un cruel redomado, un hombre a la vinagreta. Después se pondrán en escena siete u ocho jovencitas que han de aburrirse como ostras.

Luego, un galán dulce como el almíbar y un gracioso picante como la pimienta...

Y así sucesivamente.

A las cuatro horas, cuando termina la lectura, López pregunta:

— ¿Qué?... ¿Qué le ha parecido?

— ¡Hombre, no está del todo mall... Sin embargo, lo encuentro algo extraño... Esta obra es..., no sé qué decirle..., es... un drama a la *bechamel*.

ANTONIO GASCÓN.

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL CASAMIENTO ESTROPEADO, por Alphonse Allais.

Iba una tarde Sapeck por el bulevar Saint-Michel cuando fué acosado por un pequeño colegial, que le dijo, con la gorra en la mano:

— Perdón, señor; ¿quiere usted hacerme un pequeño favor?

— ¿Qué te pasa?

— Tengo que ir al colegio de San Luis. Delante del profesor, usted se despedirá de mí como si fuera mi tío.

Se dirigieron al colegio Sapeck y el muchacho. Sapeck grave y el chico encantado.

En el portal, delante del profesor, que está a la entrada de los alumnos, Sapeck redobla su seriedad:

— ¡Adiós, sobrino!

— ¡Adiós, tío!

— Que trabajes mucho, sobrino. Que tu divisa sea la de Tácito: *La-*

boremus et bene nos conduisemus; a lo que contestó Lucrecio con el verso inmortal:

Sine labore et bona conducta ad nihil adveni-
[mus...]

y, sobre todo, formalidad y buena conducta con los profesores: *Maxima pionibus debetur reverentia.*

El pobre muchacho, durante este discurso, estaba asombrado del latín macarrónico de su tío improvisado. Se atrevió a decir tímida-mente:

— ¡Hasta luego, tío!

Pero Sapeck no le escuchaba. Acababa de ver en el chaleco del colegial una soberbia cadena de oro.

— ¡Cómo! — exclamó —. ¡Desgraciado!... ¿Llevas el reloj al colegio? ¿Tú no sabes que en Roma, a la puerta de cada escuela había un funcionario encargado de registrar a los alumnos y quitarles los relojes de arena y las clepsidras que ocultaban entre los pliegos de su toga? Llamaban a este hombre el *scholarius detrussator*, y Salustio dijo entonces: *Choronometrum juvenibus discipulis procurat distractiones.*

— Pero, tío...

— ¡Nada! ¡Dame el reloj!

El profesor intervino:

— Déle usted el reloj a su señor tío. Además de que no lo necesita para nada en el colegio.

El muchacho comenzaba a experimentar serias inquietudes por su reloj, cuando el bueno de Sapeck, que tenía un corazón de oro, concluyó con tranquilidad:

— Bueno, chico, guarda tu reloj. Que él sea para ti el símbolo del tiempo que pasa y que no volveremos a gozar: *Fugit irreparabile tempus.*

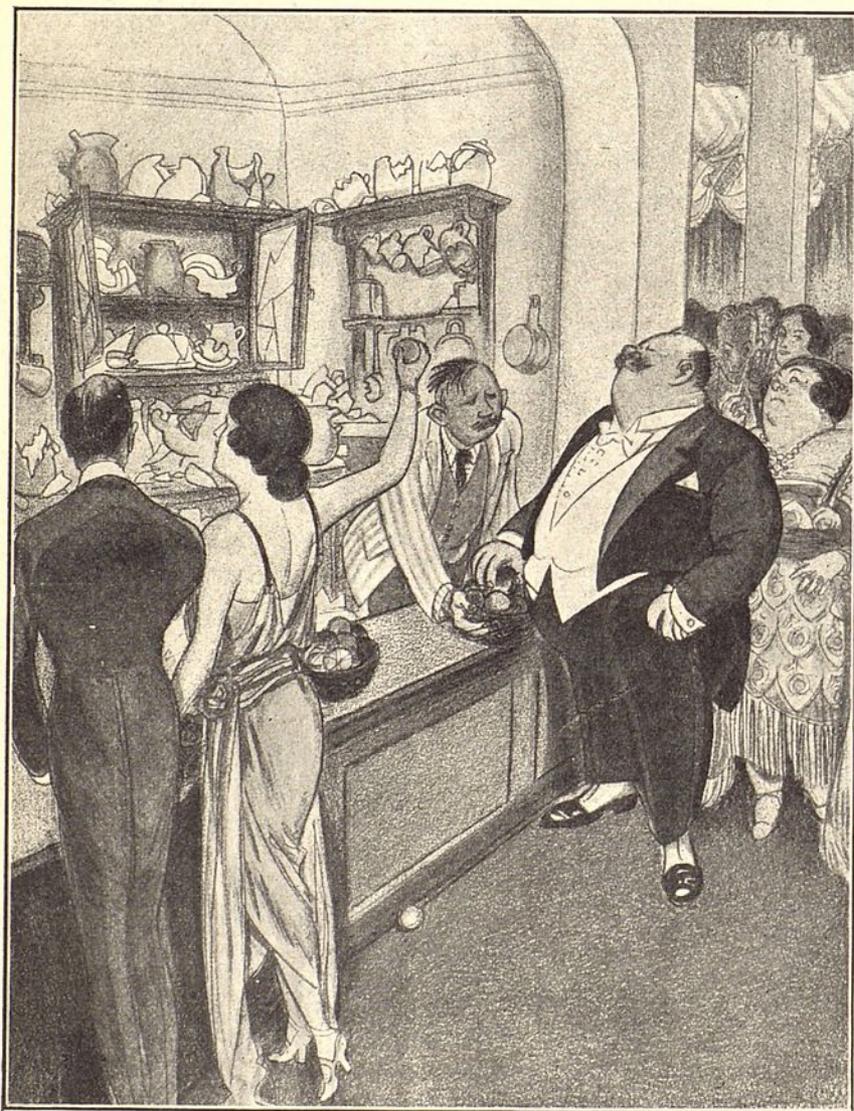
Esta historia de mi amigo Sapeck me recuerda la aventura que me ocurrió el año pasado, y que tiene cierta analogía con la primera.

Como a Sapeck, un estudiante se me acercó con la gorra en la mano:

— Perdón, señor; ¿querría usted hacerme un pequeño favor?

— No tengo inconveniente. ¿De qué se trata?

— Verá usted, señor... Permítame antes que le presente a una amiga



OSTENTACIÓN

EL NUEVO RICO. — ¡Quiero que me pongan porcelana de Sajonia para romper!...

(De Lustige Blätter. — Berlin.)

mía, de la que estoy locamente enamorado.

Me presentó a una muchachita un poco bizca. ¿Les ocurre a ustedes como a mí?... Yo adoro a las muchachitas un poco bizcas.

La saludé.

— Yo desearía — replicó el estudiante — tener el retrato de esta muchacha en mi cuarto, encima de la chimenea. Pero mi madre no consentirá nunca que yo tenga en mi cuarto un retrato de mujer. Y he imaginado un subterfugio. Ella se retratará con usted, y yo le diré a mi madre que es el retrato de uno de mis profesores y de su mujer. ¿Qué le parece?

En el fondo soy bueno: accedí.

Entramos en casa de un fotógrafo desconocido, que nos hizo en un momento una verdadera obra maestra, de parecido sobre todo, elegantemente encuadrada, por 1,75.

En aquella época estaba yo para casarme. Un día mi ex futuro suegro me preguntó con rigidez:

— ¿De modo que ha roto usted definitivamente?

— ¿Roto? — dije yo —. ¿Con quién?

— Con cierta morenita un poco bizca.

Busqué entre mis recuerdos alguna muchacha morena un poco bizca. No la encontraba.

— ¡Esta! — gritó mi suegro.

No sé cómo tenía en su poder aquel retrato; pero el caso es que lo agitaba en sus manos.

— Tiene usted amigas — dijo —; ya lo comprendo y hasta lo admito... Pero ¿que se quiera casar usted con...!

No acabó la frase.

Me negaba a su hija.

Ahora me alegro, porque me he enterado que tiene gran afición a emborracharse.

A. R. H.

EL CASERO Y EL INQUILINO

No creas, amable lector, que se trata de una fábula más o menos *samanie-guesca*. El título así parece indicarlo; pero, ¡ay!, que, por desgracia, lo que voy a referirte es la *chipén*, que dicen los clásicos del *Bastero Street*.

La escena tiene lugar en el despacho de un casero, y son protagonistas la *susodicha sanguijuela* y un honrado em-



— ¡Parece mentira, José, que aun no sepa usted su obligación!... ¡A que voy a tener yo que enseñarle a barrer!...

— La señora lo encuentra muy fácil. ¡Cómo se ve que antes ha servido ella!...

(De Le Rire. — Paris.)

pleado que ha descubierto un cuarto desalquilado con más trabajo que si fuera a descubrir un nuevo mundo (o un *Mundo Gráfico*), y previo el pago de veinticinco pesetas al cancerbero de la finca.

Entra el presunto inquilino en el despacho, y en vista de que el casero no se levanta para recibirle, ni le hace la menor indicación para que se siente (¡oh la buena educación!), decide ocupar una butaca por su cuenta y riesgo.

— Pues, usted me dirá.

— Yo venía a alquilar el piso que tiene usted desalquilado en la calle de...

— Ya le habrá dicho a usted el portero que el precio último son veinticinco duros y tres meses de fianza.

— Perdone, el portero me indicó que la fianza sólo era de dos meses y veintidós duros el alquiler.

— ¿Cuándo ha visto usted el cuarto?

— Ayer.

— ¡Ah, ya! Es que desde ese momento hasta hoy, no tiene usted idea de lo malo que se ha puesto todo y de lo que han subido las subsistencias.

— De esto último ya voy perdiendo la idea, porque mi familia y yo le estamos haciendo la competencia al difunto alcalde de Cork.

— Eso a mí me tiene sin cuidado.

— Mil gracias por su atención.

— A lo que estamos. ¿Le convienen las condiciones del piso?

— Si no hay otro remedio...

— Entonces, veamos si a mí me convienen las condiciones de usted. ¿Tiene usted hijos?

— Sí, señor; cinco y décimas.

— Pues es una contrariedad.

— No lo sabe usted bien.

— Los niños lloran, se arrastran por los suelos, pintan las paredes... Esto es

un grave inconveniente. ¿Tendrán ustedes criada?

— Naturalmente; no podemos prescindir de ese enemigo pagado..., porque si no, ¿quién ayuda a los quehaceres de la casa?

— Y como ocurre con lamentable frecuencia, la maritornes tendrá novio, y bajará por la noche a verle, y estará dos horas de conversación con él, restregándose por la fachada de la casa.

— No estoy en tantos detalles.

— Bien se conoce que no tiene usted la desgracia de ser propietario.

— No, señor; tengo la suerte de trabajar unas catorce horas diarias, para mal comer.

— ¿Tiene usted bichos?

— ¡Hombre, bichos...! tengo un canario de flauta, que es una alhaja!

— No me va a convenir, porque para colgar la jaula habrá que clavar un clavo en la pared, y además el canario se bañará en el bebedero y salpicará el agua al muro, que está recién pintado. ¿Se retira usted muy tarde por las noches?

— A las doce o doce y media.

— ¡Malo, malo! A esa hora está cerrado el portal, y para subir la escalera encenderá usted cerillas. A lo peor tira usted una que no se apaga, y esto da origen a un incendio que me puede destruir la finca. Me parece que no nos vamos a arreglar. ¿Por qué se marcha usted del cuarto que tiene en la actualidad?...

— ¡...! ¡Porque me da la real gana!

— ¡Eso es una grosería que no estoy dispuesto a tolerar! ¡Salga usted inmediatamente de mi casa!

— ¡Quede usted con el diablo, so casero!

El pobre señor sale del despacho más

veloz que la clásica gacela herida, por no cometer un *casericidio*.

Momentos después la criada anuncia al propietario la visita de un nuevo caballero que va a hablar sobre el cuarto desalquilado.

Entra el señor, que es recibido en la misma forma grosera que el anterior.

— Yo venía a tratar del cuarto de la calle de...

— ¿Ya sabe usted el precio?

— Me acaba de decir el portero que tres meses de fianza y veinticinco duros de alquiler.

— Eso era hace un rato; pero las pícaras circunstancias me han obligado, con harta sentimiento mío, a elevar a treinta duros la mensualidad y a exigir cuatro meses en fianza... Ya ve usted, acaba de marcharse un caballero que estaba encantado con el cuarto; aceptaba todas las condiciones, menos los treinta duros, pues me ha ofrecido veintiocho, y no se lo he podido dar...

ISIDRO DE MADRID.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa que se nos envíe, debe dirigirse al apartado de Correos número 12.142.

Pocholo, L. B., J. P., A. A., Rau., M. S., El, todos de Madrid. — No sirve.

Borrón. Coruña. — Es muy triste.

L. V. Madrid. — Los dos asuntos son muy viejos. Mande otra cosa, pues como dibujante nos gusta usted.

A. R. Madrid. — Habrá usted visto que sentimos una admiración sin límites por sus chistes. Lamentamos no sentir la misma admiración por su colaborador artístico.

K-Kúe. — Muy bien; pero muy soso.

I. A. Bilbao. — Mande otra cosa en castellano.

P. A. L. Oviedo. — *F. M. H. Jaén.* — *D'El. Barcelona.* — *K-si-mi-ro. Coruña.* No sirve.

Emecete. Madrid. — Si lo del acróstico podía pasar, estos epigramas de tan mal gusto nos han llenado de indignación. Si sigue usted por ese camino, iremos a su casa a pegarle.

A. L. y C. C. Dar-Drius. — Ustedes comprenderán que ese cartel tiene sólo interés localísimo. Reconocemos su buena voluntad, y para demostrar la nuestra, les aconsejamos nos manden otras cosas mejores.

Espinosa, J. P., R. M. U., Pako, J. R., M. L., C. y C., J. O., todos de Madrid. — *Kron-Kri.* — *Peñalu.* — *Kainto. Málaga. Salas.* — *A. O. Avila.* — *M. San Fernando.* — *R. G. S. Lugo.* — *L. A. Barcelona.* — *Fuchy. San Sebastián.* — No nos gusta.

Melanio. — No nos convence usted como literato ni como dibujante por esta vez.

Cerrojillo. — Sí, señor. Hemos dicho cincuenta veces que pagamos todos los originales que se publican. El de usted no lo publicaremos.

Ce-eme-ese. — El dibujo no nos gusta; el otro puede usted cobrarlo en nuestra Administración cualquier jueves, de cuatro a seis.

E. M. Dar-Drius. — Por giro postal, 5,20 trimestre. El cuento no nos acaba de convencer.

L. D. Madrid. — *B. de la Ceta.* — *G. C. M. Albacete.* — *Astor.* — *R. I. P. Melilla.* — *L. F. Madrid.* — No vale.

El Duque de Picutin. Madrid. — No sirve, señor duque. Además, le advertimos que un hombre de su linaje no debe escribir las cuartillas por los dos lados.

Andihom. — Muy bien. Se publicará.

La Mole. Barcelona. — ¡Nada, hombre, nada! ¡Pelillos a la mar! Borrón y cuenta nueva. Mande usted cosas originales y graciosas. Su contrición nos ha conmovido hondamente.

A. G. A. (¡Capicúa!). — No sirve. Además, hay un exceso de citas muy considerable. Algunas de ellas están trastrocadas, como la de Paradox.

J. C. S. — Hombre, está bien; pero le agradeceremos que nos mande otra cosa.

Marrín. Cádiz. — Tiene usted muy poca gracia para ser de Cádiz. El dibujo no vale nada, ni es dibujo siquiera. Los versos, bueno, con lo poco que tienen de verso, son de una tontería que asusta.

El Capitán de las Pelucas. Barcelona. Puede usted estornudar todo lo que quiera; pero de eso a que publiquemos los estornudos... ¡Arrópele, amigo! Prosa, prosa cómica y sueltécita.

F. O. de Santa Isabel. Madrid. — Eso de escribir BUEN UMOR está muy feo, amigo F. O. Me parece que nosotros lo ponemos con *hache* casi siempre. Le aconsejaríamos que dejase de hacer chistes, porque no ha nacido para eso; pero como no queremos cortar sus ilusiones artísticas, publicamos uno. ¡Ahí val!

«Un oficial de Peluquero, con la cabeza de un cliente cortada y suspendida en la mano, por los pelos; la cabeza del cliente, mirando al oficial:

»— Pero, chico, ¿qué as hecho? *Meas* cortado la cabeza.

»EL OFICIAL. — Señor, como me dijo usted que le apurara.

»CLIENTE. — ¡*Meas* perdido!

»EL OFICIAL. — Eso sí queno, caballero. Dígame su dirección; cojola cabeza debajo del brazo, y ahora mismo la llevo a su casa, sin interés de ninguna clase.»

¡Sin comentarios! ¿Para qué?

M. B. R. Constantina (Sevilla). — Por mucha *venebolencia* que tengamos para su primer ensayo, no podemos publicarlo. Ya que usted reconoce que no vale nada, siga trabajando en la sombra hasta hacer las cosas medio bien. Es un consejo desinteresado.

M. R. S. G. La Guindalera (Madrid). — Sus cuartillas son muy a propósito para hacer pajaritas, según nuestros detenidos ensayos. Puede usted mandarnos más, aunque tengan versos, como éstas.

L. Q. A. Tomelloso (Ciudad Real). — *El perro Paco. ¿Madrid?* — No sirve.

F. H. B. Madrid. — Es una cosa tonta, sencillamente. No es porque usted esté delante.

M. P. M. (¡Otro capicúa!). Alicante. — Esto de ahora tiene mucha menos gracia que lo anterior. Procure enmendarse, y llegará. Se lo decimos nosotros, que conocemos el paño...

¡*Miau!* *Calasparra (Murcia).* — ¡Vaya una tontería! ¿Y quiere usted que publiquemos eso, joven calasparrense? Pues... ¡*miau!*

J. C. S. Dar-Drius. — Es una cosa muy vieja. Mándenos cosas que tengan gracia, como la primera, y sin que, como en ella, aparezcan individuos de la familia de las umbilíferas, tribu de las caseas, ¿eh?... ¡No hay manera más fina y científica de citarlos!

F. M. Madrid. — Usted nos ha confundido. Es más abajo, en la funeraria.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

Antes de que empiece el calor, haga usted provisiones de los famosos POLVOS INSECTICIDAS de

LEYER Y COMPAÑÍA

Es un consejo que nos agradecerá usted cuando disfrute tranquilamente de las delicias veraniegas.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

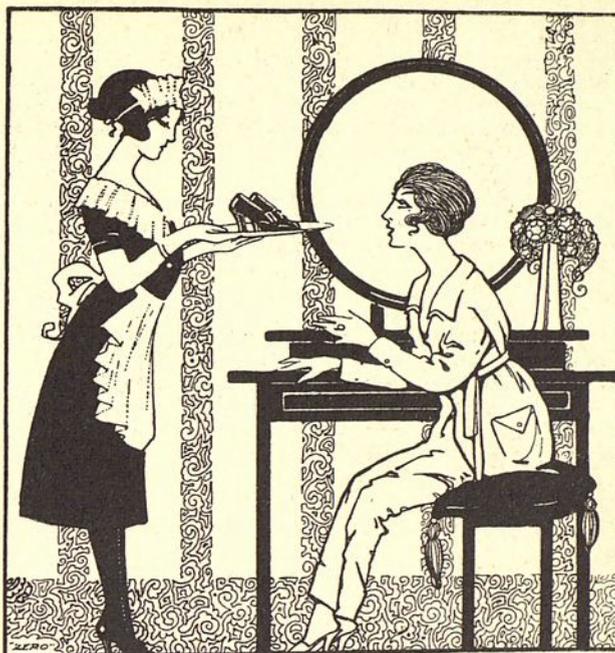
ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.)
(Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño obscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

DIÁLOGO DE LOS COLORES

El negro. — Soy el color de los ojos negros y eso me da categoría.

El amarillo. — A mí me entenebreces.

El azul. — ¡Serenidad!... ¡Serenidad!

El rojo. — ¡Viva la revolución!

El color carne. — ¡Viva el amor libre!

El amarillo. — Eres un color escandaloso... Todo el mundo tiene que decir de ti... Siempre vas desnudo... No sé como no te da vergüenza...

El rojo. — Yo le doy rubor muchas veces... Pero el rubor le agracia.

El azul. — Y yo le visto.

El negro. — Y yo le exalto como un traje de terciopelo.

El amarillo. — Pero yo me lo encuentro completamente descarado en los Baños de Sol.

El negro. — No nos conviene reñir ya que nos hemos puesto a hablar...

El rojo. — ¡No!... ¡Guerra, guerra!... Debe correr la sangre en las cuestiones...

El azul. — ¡Haya paz! ¡Haya paz!

El amarillo. — Me dan rabia estas cosas...

El color carne. — Sois unos desagradecidos. Teneis celos de mí y me deseais; porque si yo no iluminase los rostros ¿qué sería de vosotros?

El negro. — Me bastaría yo para señalar los perfiles, para decirlo todo... Yo soy el color más imprescindible...

El rojo. — ¡Que te crees tú eso!

El azul. — ¡Pobretón! ¿Qué sería de ti sin mis cielos?... Además, contra los ojos negros opongo los ojos azules...

El amarillo. — Y sin mi luz ¿qué sería de todos vosotros?... El Sol es amarillo.

El color carne. — Y el oro, querido...

A mí es el color que más me gusta... Ven conmigo, Amarillo...

El negro. — ¡Liviana carne, cállate!

El color carne. — No me da la gana, hipócrita antifaz...

El amarillo. — ¡No agrieis mi optimismo! ¡Qué bella tarde hace!

El azul. — ¡Qué azul! Ni una nube.

El negro. — Todo es según el color del cristal con que se mira... A mí me han recomendado las gafas ahumadas y para mí todo está tétrico y encapotado...

El rojo. — ¡Viva Lenin!... ¡A la huelga general!

El azul. — ¿No comprendes, querido Rojo de ojos inyectados, que si nos declaramos en huelga no podría salir BUEN HUMOR?

El rojo. — Verdad es, y desisto de la huelga, aunque enarbolaré siempre mi bandera roja...

El negro. — A tí convenía sangrarte.

El rojo. — ¡Cállate encapuchadón!

El azul. — ¡Sed cordiales! Cordialidad.

El amarillo. — Es que sois envidiosos.

El negro. — La envidia es la que es amarilla, y por eso el que la representa eres tú...

El amarillo. — ¡Cuánto darías por cambiar tu negrura por mi viveza! Yo podría lucir corona de rey si quisiera...

El negro. — ¡Limpíate que estás de huevol...

El azul. — Nunca nos entenderemos solos... Alguien nos tiene que armonizar... No merecemos la independencia... Hará bien el Director en no volvernos a dejar dialogar ya nunca... El número que viene tendrá otra vez portada normal en el reverso como el anverso...

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.